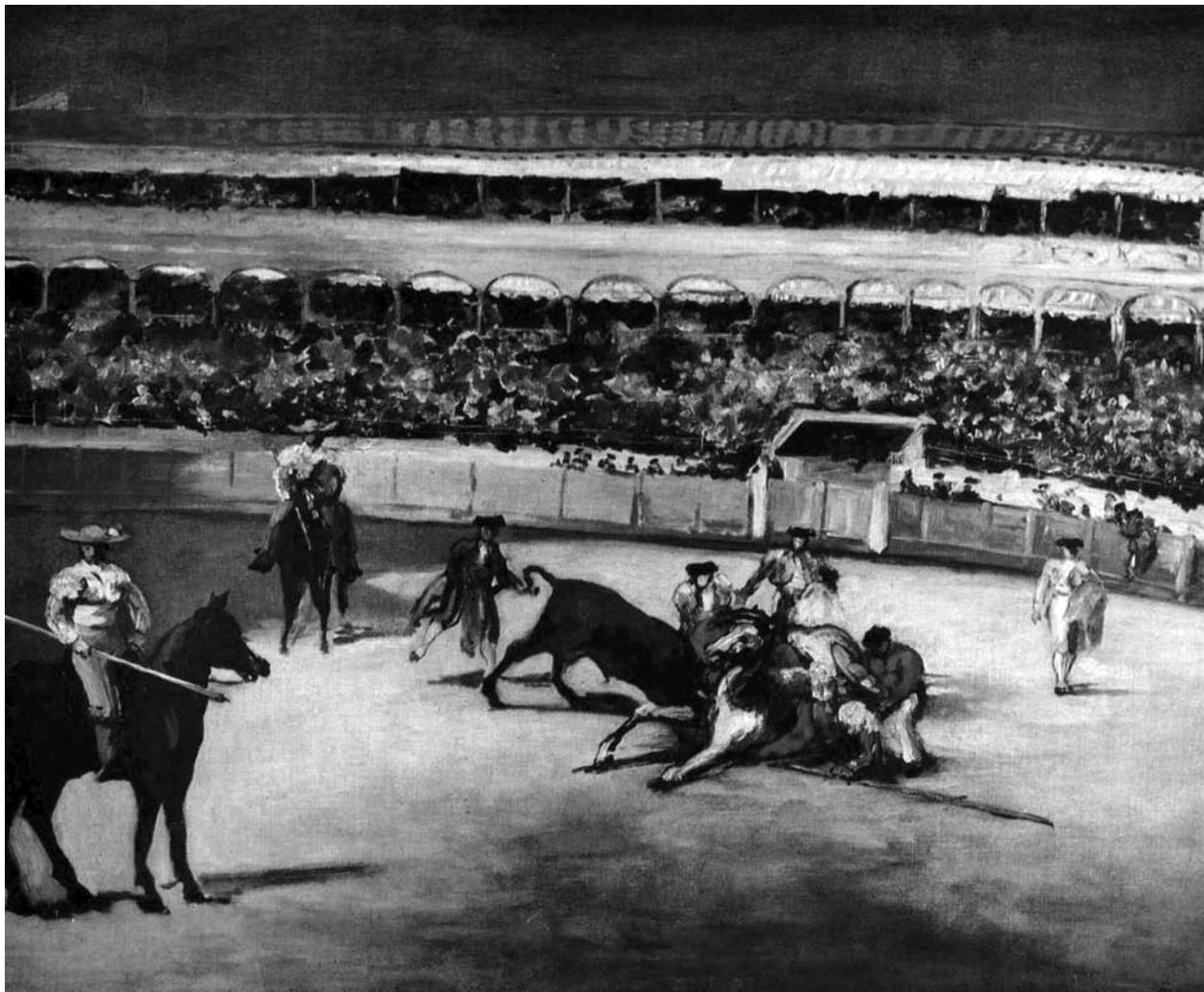


Meφisto

GACETA LITERARIA HUMANISTA UNIVERSITARIA

Año III - Número 6

Otoño de 2009
Ejemplar gratuito



A las personas les ha sido dada, a lo largo de milenios y nunca de forma completa y total, la capacidad social de reprimir sus instintos sangrientos y dotar de un fundamento filosófico a sus acciones violentas. La venganza es una acción violenta y hepática que ha sido racionalizada en su planteamiento básico para adecuarla a una conducta social ordenada. El daño que unos individuos infligen a otros supone siempre un placer para el que hace el daño: eso es la crueldad. La crueldad es uno de los sentimientos más propios del hombre, porque no es más que una manera de pulir, de sublimizar, la violencia. La crueldad es el placer en el daño gratuito, pero sobre todo, es el placer de una necesidad satisfecha. La complejidad de los sentimientos humanos tiene una raíz biológica de carácter animalizante, cuando la ira se apodera del alma, debe ser aplacada mediante alguna acción violenta. La manera de dar salida a esa necesidad es la crueldad.

Como la ira satisfecha mediante la crueldad proporciona un placer a quien la ejerce (a quien hace el daño), entonces debe pagar por ello a la persona que le proporciona ese placer, como cuando se satisface cualquier otra necesidad. Las otras necesidades humanas que satisfacemos gracias a los demás (alimentos, cobijo, sexo, etc.)

no nos salen gratis, del mismo modo, la persona dañada debe cobrarse de quien la ha dañado el placer que le ha proporcionado. Esto es la venganza.

Ahora bien, en una sociedad ordenada, antes de ver una necesidad satisfecha, debe conocerse el precio que se va a pagar por satisfacerla. Esto no ocurre así con la ira satisfecha, porque la víctima de la crueldad no puede elegir el precio que debe pagársele, a su antojo y de manera unilateral, ya que no ha elegido ser el blanco de la satisfacción. Este precio sería además demasiado variable como para que la fluctuación pueda soportarse en un mercado de valores morales ordenado, ya que en su fijación habría que luchar contra lo desproporcionado que siempre resultaría un pago hecho en función de volubles sentimientos. La solución es sencilla: el estado será quien ponga el precio a la crueldad satisfecha, y no las personas. La venganza ordenada y regularizada se llama justicia.

Placer y precio se van mezclando sin que sea posible evitarlo, pues no hay, en la conducta general humana, altruismo ni generosidad a la hora de contemplar el disfrute del otro. Incluso admitiendo, como ya está hecho, que la satisfacción de la necesidad ha de afrontarse con un pago, aun así intentaremos ajustar lo más posi-

No hago más que oír eso, que la soledad no tiene palabras y que desde que alguien nos dejó aquí no nos ha quedado otra que aprender...

Continúa en la página 14

Air aumentando la temperatura, pequeños huequitos encharcados se fueron abriendo entre la placa helada. No eran más que la marca...

Continúa en la página 13

Les voy a contar mi historia: es pero que no me culpen por ella. No es precisamente una historia cualquiera, porque siento que la llevo...

Continúa en la página 12

Entamente caminaba entre las dunas. Era de noche pero la claridad, próximo el amanecer, no tardaría en aparecer. Hacía mucho...

Continúa en la página 15

ble el precio, de esta manera casi todos elegimos no pagar por las cosas en cuanto se nos presenta la ocasión: desde bajar la música de Internet a okupar una vivienda. Así pues, cualquiera puede considerar que el pago al que podría enfrentarse por satisfacer en otro individuo sus crueles pasiones es demasiado alto y no se corresponde con el placer recibido: la crueldad sale cara para lo momentáneo del placer que proporciona. Es de esta manera como las personas se resignan, normalmente, a reprimir ese instinto concreto. Sin embargo, todos saben bien que la abstinencia del placer sólo es soportable hasta cierto extremo, variable según las personas, pero en todo caso un sacrificio más o menos limitado. O, dando la vuelta al argumento, dar salida a los instintos ya es causa en sí misma de placer. Soñar es una buena forma de dar rienda a los deseos de una manera virtual, y proporciona una sensación que no es más que una sombra del placer que recibiríamos si la necesidad fuera satisfecha realmente.

Continúa en la página 7

CRÉDITOS

Director

Borja MENÉNDEZ DÍAZ-JORGE

Subdirectora

María Piedad GARCÍA-MURGA SUÁREZ

Colaboraciones

Anna "Paranoia" ALBEROLA BANASCO, Miguel Ángel BUENO ESPINOSA, Nati CABRERA GONZÁLEZ, Marina COMA DÍAZ, Jairo COMPOSTELA PARAMIO, Manuel CRUZ, Ricardo DORADO PUNTCH, Laura FERNÁNDEZ PALOMO, Alicia GALLEGO ZARZOSA, Patricia GARCÍA RODRÍGUEZ, Álvaro GUIJARRO GARCÍA, Laura HERRERO OLIVERA, Emilio ISIDORO GIRÁLDEZ, Carmay JUAECHE, Manuel JUBERA, Romuald-Achille MAHOP MA MAHOP, Federico OCAÑA GUZMÁN, David PASCUAL COELLO, Alejandro ROMERO NIETO, Juan SETIÉN DEL VALLE, Javier VALLADOLID, Maya ZALBIDEA.

Colaboraciones especiales

Matías CANDEIRA, Jesús HERNÁNDEZ y Julián SANTOS GUERRERO.

Diseño

Borja MENÉNDEZ DÍAZ-JORGE

Agradecimientos especiales

Julio Contreras Rodríguez y los demás compañeros de la Casa del Estudiante UCM

Produce

Emeuve Impresores
emeuve@emeuveimpresores.com

Depósito Legal

M-10021-2007

ISSN

1887-522X

La dirección no se hace responsable necesariamente de las opiniones expresadas por colaboradores o invitados.

mephisto_ucm@hotmail.com

Con el apoyo oficial de la UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID



Esta gaceta, sin ánimo de lucro, se publica gracias al amable apoyo de los siguientes departamentos, facultades y vicerrectorados: Filología Alemana, Filología Inglesa I; Filología Inglesa II; Filología Italiana; facultad de Filología; facultad de Filosofía; facultad de Geografía e Historia; vicerrectorado de Cultura, Deporte y Política Social; vicerrectorado de Estudiantes y vicerrectorado de Relaciones Internacionales y Ayuda al Desarrollo además de la Casa del Estudiante. La gaceta tiene una tirada de 2000 ejemplares, repartidos en las facultades de letras de la UCM, así como en bibliotecas y centros culturales.

EDITORIAL

¿Es el odio algo que exija ser repensado? Parecería en principio que no: el odio es, se dirá, un sentimiento de sobra conocido y analizado, el cual se cuenta entre las malas pasiones como la contraria al amor, y que cualquiera que tenga acceso a su propia alma describirá como una cierta repulsión cargada de hostilidad. Pero, si también tú andas metido en mefistofélicas transacciones, si también tú estás a medias desprendido de tu alma y andas por ello algo falto de certezas y más bien rebosante de contradicciones, quizá quieras entonces preguntarte con nosotros, a lo largo de algunas de las páginas que siguen, qué es lo que hay con el odio.

Es el odio, en efecto, uno de esos sentimientos que, paradójicamente, a todo el mundo resultan odiosos. Si la guerra es una de sus expresiones más grandilocuentes, no hay nadie que no se manifieste contra ella, por muy matizado que sea el rechazo en algunos casos. Si son figuras no tan sublimes del mismo las que nos despachan los telediarios, tales como el brote de xenofobia, el atentado terrorista o la violencia machista, tampoco hay hijo de vecino que no se indigne por estas cosas que, al parecer, pasan. Y tú mismamente..., ¿no me odiarás si te digo, incluso aduciendo la razón de la pasión, que odio particularmente aquello que tú amas? Sí, también tú y yo odiamos al que nos odia y de su odio hace gala.

Y ¿cómo puede una aficción tan inevitable ser a la vez tan evidentemente mala? Se dirá quizá que la negatividad con que ésta se carga responde a la falta de razón con que usualmente se padece. Pero tampoco las razones del amor son siempre consistentes, y, sin embargo, todos damos por supuesta su bondad. Además, aceptar que el odio es normalmente odioso supone reconocer que también es, excepcionalmente, amable. Siguiendo por esta vía, algunos osados llegan incluso a negar que el odio sea malo, y hasta afirman que es necesario.

De modo que, a distancia de la condena idealista (demasiado abstracta) y la reivindicación pragmatista (demasiado concreta), sigue teniendo sentido inquirir de qué hablamos cuando mentamos el odio. Porque, si es verdad que a éste se le opone el amor, y si es así que los contrarios se rigen por una ley de alternancia y mutuo condicionamiento (de acuerdo con la cual, sólo profesando algún tipo de amor propio tendrás motivos para odiar a tu prójimo), entonces tal vez debamos asumir que hay amores más odiosos que el odio mismo. No entonemos, pues, el voto hippy ("paz y amor") en el vacío, esto es, sin haber discurrido antes con qué tipo de cosas (adhesiones particulares, intereses privados, gustos personales...) no debería nunca confundirse una amistad sincera y no condicionada, un amor que, exento de odios, fuera amor verdadero.

TEMPUS FUGIENS OMNIA DELET

EN ESTE NÚMERO

Página 3. La maldad.

Nunca se podrá hablar demasiado de la maldad, semilla negra que todo corazón alberga.

Página 4. Las huellas del desastre.

La Ciudad Universitaria de Madrid fue escenario de algunos de los combates más cruentos de nuestra historia. Aún hoy se pueden observar fácilmente las huellas de esta gran tragedia.

Página 7. Artículos.

Artículos variados, todos ellos escritos por alumnos de Filosofía, Filología e Historia.

Página 11. Entrevista.

Matías Candeira es el estereotipo de escritor que desde Mephisto queremos apoyar.

Página 12. Relatos.

Nos volcamos con el relato corto y el microrrelato, dicen que los géneros que mejor representan la condición contemporánea. Autores como Matías Candeira, Alicia Gallego, Álvaro Guijarro, Laura Herrero, Achille Mahop, Mari Cruz del Manzano, Borja Menéndez, David Pascual y Alejandro Romero luchan en defensa de la brevedad.

Página 18. Poesía.

La poesía no mata, pero sí provoca revoluciones.

Página 22. Creación y osadía.

¿Por qué es importante el teatro?

Página 23. Literatura, cine y música.

Con secciones dedicadas a Jenofonte, Sam Peckinpah y Candy Caramelo, variedad no falta.

Página 24. El chat.

Sección especial de contraportada, en este número escrita por Federico Ocaña.

Tú también puedes colaborar con nosotros si lo deseas. Envía relatos, poemas, artículos, entrevistas... Los estudiantes de intercambio serán especialmente bienvenidos y pueden escribir en sus propios idiomas. También estamos abiertos a tus comentarios y sugerencias. Contacta con nosotros escribiendo a mephisto_ucm@hotmail.com o visita nuestro nuevo blog: <http://mephistoucm.blogspot.com/>

LA ESCRITURA Y EL MAL.

Por Julián Santos Guerrero, profesor asociado de Estética.

Son viejas ya las palabras de Sócrates en el Fedro cuando avisa del poder malvado de la escritura: que «dará origen en las almas de quienes lo aprendan al olvido» (275a). Son viejos los recelos contra una técnica que difiere en tiempo y espacio la palabra, el enunciado de la presencia, el origen mismo de las cosas («En principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios. Y la Palabra era Dios.», San Juan 1,1). Algo hay en la escritura que no es de fiar porque algo en ella atenta contra el conocimiento de la verdad, contra la rememoración de la idea, y algo asimismo la aleja del Bien, del origen mismo de la ley, algo la pone bajo sospecha ya desde antiguo.

Tan sólo una reflexión al respecto, un hilo más de una tremenda madeja que teje la realidad de Occidente, y a la que han aportado su conocimiento legiones de pensadores y poetas que van desde Platón a Derrida, desde Homero hasta Borges. Si cabe, más que un hilo, un lugar de paso, el ojo de una aguja, un pequeño hueco a partir del cual contemplar algunos aspectos de la madeja. Eso es lo que nos ocupa: la diferencia implícita en la escritura.

Todo escrito impone una distancia, opera un envío donde el remitente se aleja, funcionando la letra en ausencia de quien la escribe. En toda escritura hay siempre una desaparición. Frente a la palabra, la letra rompe el encadenado del tiempo, el fluir del discurso en presencia del emisor: le es inherente la ruptura con el origen. En rigor no le es necesaria la presencia del autor para ejercer su transporte, de aquí la sospecha. Este rasgo le confiere en la Historia del pensamiento un papel secundón, de vicariato, de subalterna con respecto a la paternidad del origen; y en una cultura en la que Bien, Verdad y Belleza están esencialmente ligados al ser como presencia originaria, o al Ser sin más, la escritura resulta bastarda porque impone siempre una mediación, una lejanía con la identidad, porque impone en todo caso una diferencia.

Pero la cuestión que aquí se plantea no es

JUZGANDO DESDE NUESTRA BUTACA

Por Jesús Hernández (Historiador, periodista y escritor divulgativo).

Cuando uno lee sobre la Segunda Guerra Mundial, y se adentra en las terribles historias de asesinatos, matanzas y masacres que tuvieron lugar durante aquellos años, uno contempla esos episodios desde la comodidad de su butaca. La paz y serenidad que nos proporciona nuestro rincón de lectura favorito, y la sensación general de seguridad que desprende nuestro ordenado y previsible mundo, nos aleja de las circunstancias en las que creció y estallaron aquellos exacerbados odios.

Sin embargo, los que cometieron esas brutalidades, en su mayoría, eran personas como nosotros, tan sólo que situadas en un entorno muy diferente. Uno de los libros más estremecedores sobre la Segunda Guerra Mundial es *Aquellos hombres grises* (Edhasa, 2002), de Christopher Browning. En esas páginas, Browning, uno de los más reconocidos historiadores del nazismo y el Holocausto, nos explica la historia del Batallón 101, una unidad de la Policía formada por profesionales alemanes de clase media, muchos de ellos casados y con hijos, que se convirtieron en cuestión de minutos en un grupo de fríos asesinos, capaces de ejecutar a 1.500 judíos, incluyendo mujeres y niños, el 12 de julio de 1942 en la localidad polaca de Jozefow. De los 500 hombres que componían esta unidad, tan sólo una docena se negaron a participar en la matanza. El resto, un aplastante 97,6 por ciento, cumplió eficazmente con las órdenes recibidas.

Tras la guerra, todos ellos se reintegraron a su vida familiar y a sus actividades, como si nada hubiera pasado, un proceso similar al que experimentaron otros miles de criminales nazis. No sería hasta los años sesenta cuando 210 de aquellos hombres grises tuvieron que enfrentarse a su tenebroso pasado, al ser in-

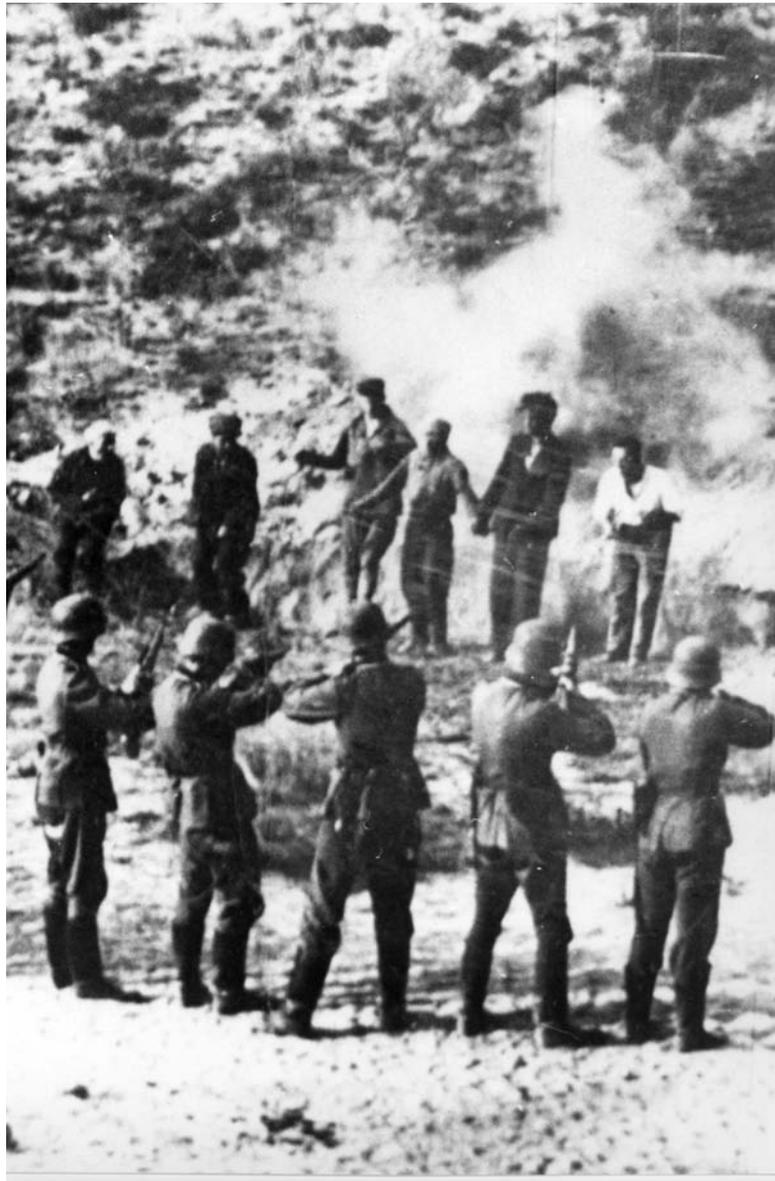
tan sencilla y evidente, ésta podría seguirse sin demasiados problemas en los filósofos. La cuestión se da si se deja de pensar la escritura como subsidiaria del habla-presencia, como hijo bastardo del origen que, como dice Platón del texto, «constantemente necesita de la ayuda de su padre» (Fedro, 275 e), para tomarla como la acción originaria misma. Esto es, si se piensa que toda acción originaria es ya un modo de escritura. Entonces aparecen importantes consecuencias.

Un buen número de ellas, en las que aquí por razones obvias no podemos entrar, se extraen al no considerar aquella afirmación, “toda acción originaria es ya una escritura”, como una simple inversión. Es decir, al no ponerla bajo la intención de colocar la escritura en el lugar dominante en el que se situó el habla —no se trata del parricidio del hijo que elimina al padre para usurpar su poder y su jerarquía—; sino en la de efectuar un cambio en las condiciones originales de la ley, de esa que da en ordenar o en jerarquizar las posiciones, que da en establecer la disyuntiva bien/mal, verdadero/falso, original/copia. Cambiar la ley del padre. De ahí, entonces, que aquella frase no constituya tanto una trasgresión de la ley como una subversión de lo legal mismo. Lo que, sin duda,

pone a la escritura, literalmente, “fuera de la ley”.

Visto así, esta ilegalidad de la escritura estigmatiza lo originario mismo como un “mal absoluto” —puesto que no es relativo al bien— y señala la ruptura con cualquier orden dado impuesto por la ley del origen, abriendo así una diferencia irreconciliable entre lo “dado”, el datum obediente al ordenamiento causal, temporal, o final, previsible y calculable; y el “darse”, que no se deja gobernar por ninguno de esos aspectos. De este modo, aquel pulso germinal que se inscribe y se escribe en el corazón de las cosas, resulta una «parte maldita» a la cual apela de un modo u otro, con mayor o menor alcance, esa técnica del significante que llamamos escribir.

Por último, recordar que aquella «parte maldita» de la que hablamos, ya fue definida por Georges Bataille como «la del juego, la de lo aleatorio, la del peligro». No lo olvidemos, porque quien escribe se expone al riesgo, y convoca el peligro de un viejo mal no siempre deseado.



terrogados judicialmente sobre los espantosos crímenes que cometieron.

¿Cómo es posible esa dualidad en el ser humano? De todos modos, no debemos pensar que ese tránsito de padre de familia a monstruo insensible era inmediato. En realidad tuvieron que vencer en un primer momento las lógicas reservas morales sobre el crimen que estaban cometiendo. Como es de suponer, la primera vez que un soldado asesinaba mujeres y niños indefensos suponía para él una experiencia traumática insoportable. Muchos vomitaban o sentían fuertes dolores físicos durante o después de las ejecuciones. Otros intentaban por todos los medios librarse de esa responsabilidad; apuntaban su arma al lado de la víctima o simplemente abandonaban el lugar con alguna excusa y no aparecían hasta que todo había finalizado. Como se ha indicado, hubo quien se negó rotundamente a disparar a inocentes; el ser o no castigado por esa desobediencia dependía de la benevolencia del oficial al mando, aunque la consecuencia de esta heroica actitud era verse relegado por los compañeros, que consideraban al objetor como un desertor. Pero, empujados por un falso espíritu de camaradería y, si era necesario, estimulados por la ingestión de alcohol, la gran mayoría lograba quebrar esas barreras morales que hoy nos parecen infranqueables.

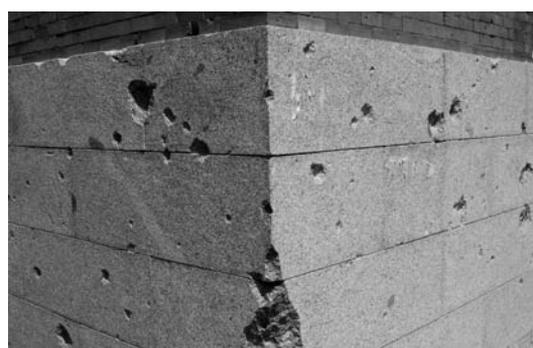
La pregunta más inquietante se formula sola: De haber formado parte, por ejemplo, de ese ignominioso Batallón 101, ¿cuál hubiera sido nuestra actitud? ¿O cómo habríamos actuado en cualquiera de los casos similares que se produjeron durante la contienda?

Quizás sea mejor que sigamos leyendo cómodamente esas historias de odio y enemistad del conflicto más sangriento de la historia y seguir pensando que somos mejores que aquellos otros seres humanos. Nuestra conciencia reposará más tranquila.

LAS HUELLAS DEL DESASTRE

Un reportaje fotográfico de Álvaro Guijarro. Texto de Borja Menéndez.

Después de duros combates en el sur de Madrid, el 8 de noviembre de 1936 comenzó el asedio de la capital y lo que se conoce como Batalla de Madrid, infructuoso intento del bando nacional por tomar rápidamente la ciudad. El resultado sería el establecimiento de un frente prácticamente inmóvil que se mantuvo durante 870 días de horror hasta que, el 27 de marzo de 1939 las tropas rebeldes entraron sin disparos en un Madrid herido y derrotado. Punta de lanza de este frente fue la Ciudad Universitaria, con sus edificios racionalistas, que quedó totalmente arrasada. Esto no es una lección de historia, es un viaje a un pasado luctuoso que no necesita mucha imaginación, pero sí atención, un viaje por los restos que la guerra dejó durante su larga estancia entre nuestras facultades.



En el complejo médico, situado junto al metro de Ciudad Universitaria, encontraremos algunos de los restos más impactantes de la guerra. Miles de balazos salpican las fachadas, especialmente las que se hallan frente a la Avenida Complutense, límite del frente en esta zona. El ejército rebelde se encontraba atrincherado en los edificios de la Escuela de Agrónomos, al otro lado de la calle. Desde Odontología, el frente subía luego cuesta arriba hacia el Clínico. Algunos de los impactos sirven hoy de nido para las arañas. Un triste consuelo saber que puedan cobijar vida y no muerte.



Los agujeros provocados por la artillería pesada son aún reconocibles en todo el complejo por el color distinto del ladrillo que se usó luego para cubrirlos. El ala oeste de Odontología se hundió del todo.



El lugar que ocupa hoy la Facultad de Ciencias de la Información era hace setenta y cinco años una honda vaguada recorrida por un arroyo, el Cantarranas, que descendía desde Tetuán, pasando por el jardín botánico hasta el Manzanares. Esta vaguada fue luego cubierta, quedando el arroyo soterrado. Antes, para evitar derrumbamientos y soportar mejor el paso de la Avenida Complutense sobre la vaguada, el ingeniero Eduardo Torroja había ideado un poderoso muro de contención construido con hormigón armado. Los restos de este muro, hoy parcialmente cubierto, son el espejo aterrador de las ingentes cantidades de balas y artillería que se emplearon durante los dos años y medio de combates inintermitidos en la Ciudad Universitaria. Son fácilmente observables si se desciende un poco desde la entrada principal de la facultad. En algunas zonas los impactos son tan numerosos que la estructura se halla totalmente deformada. Sobre ella, ignorantes del espectáculo espantoso que se encuentra tras las barandillas y los bancos de piedra, miles de estudiantes caminan a diario, yendo o volviendo de sus clases. Las noches del fin de semana, docenas de jóvenes disfrutaban del botellón a escasos metros de ese mosaico de muerte.



La Facultad de Filosofía y Letras, quizá el edificio más emblemático de la Ciudad Universitaria, fue también uno de los más dañados. Es por eso que, al tener que ser reconstruido casi en su totalidad, es de los que menos restos de la guerra contiene. Algunas de las piezas de sus zócalos, sin embargo, son un terrorífico mosaico de balazos. Poco conscientes son los estudiantes de que, allí donde se sientan para comer sus bocadillos, están las marcas de la guerra. Sobre estas letras, una pintada reza inocentemente “No a Bolonia” junto a los mortales balazos. A la derecha, un impacto de obús permanece incólume, ejemplo de brutalidad fratricida en los cimientos mismos de este templo de sabiduría. Desde Filosofía y Letras, que fue cuartel de las Brigadas Internacionales en Madrid durante los durísimos combates de noviembre del 36, el frente se extendía en forma de trincheras entrelazadas, bajando hacia la carretera de La Coruña (entonces Avenida de la República) y siguiendo hasta el río. Un poco más al norte, junto a Puerta de Hierro, en un bosquecillo situado tras la Facultad de Informática, tenemos todavía numerosos restos de las trincheras que defendían aquel puesto estratégico. Algunas de ellas han sido desenterradas por estudiantes y profesores de Historia. Justo debajo, a la izquierda, nidos de ametralladoras, a la derecha, una de esas trincheras, semienterrada.



El Hospital Clínico fue el extremo de una lanza que, al no poder avanzar más, lejos de retroceder, se mantuvo irresponsablemente en su sitio, con las consecuentes pérdidas humanas y patrimoniales. Son muchos los restos de esta locura pírrica. Todo el parque que hay tras el Museo de América está construido sobre las ruinas de edificios antiguos que no soportaron los combates y quedaron absolutamente arrasados. Y como chapitel, una estatua de la Virgen cosida a balazos. No muy lejos de ahí, bajando un poco hacia Odontología, un enorme cráter nos habla del terror de las minas subterráneas, capaces de derribar edificios enteros.

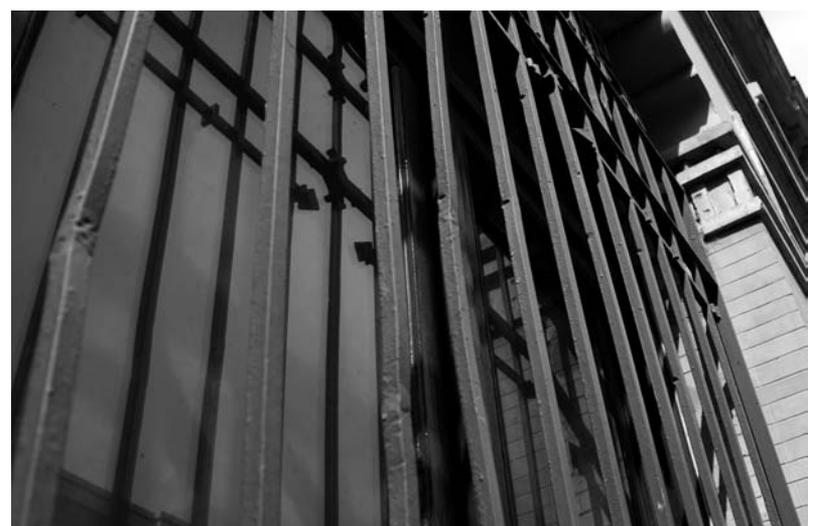


Bajando desde el Clínico, el frente se deslizaba por la Avenida de los Reyes Católicos, siguiendo algo más abajo por los lindes entre el Parque del Oeste y las residencias de estudiantes. Toda esa área fue devastada por las minas subterráneas, sus cráteres luego cubiertos con escombros. Como rostros amenazantes, varios búnkeres de hormigón nos observan todavía, cascarones vacíos en medio de una tranquilidad sólo interrumpida por el ocasional paso de algún coche por la Avenida de Séneca.



Sobre estas líneas vemos el puente de los quince ojos, una de las joyas de ingeniería que Eduardo Torroja dejó en la Ciudad Universitaria. Parcialmente cubierto por el soterramiento del Cantarranas y muy pobremente cuidado, queda hoy como un sombrío recuerdo de los combates, imposible de discernir su belleza pasada. En los lugares donde el enlucido se ha ido cayendo con el paso de los años podemos observar cientos de impactos de bala. Bajo sus arcos se deslizaron los atacantes, listos para tomar la Escuela de Agrónomos desde donde avanzarían hacia el Clínico. Eran los primeros días de la Batalla de Madrid y la desorganización era palpable entre los defensores.

Abajo, el edificio de mecánica agrícola, situado frente a la Facultad de Agrónomos. Es el más antiguo de la Ciudad Universitaria, pues fue fundado en tiempos de Alfonso XII. Sobrevivió milagrosamente a la Guerra, mientras que su hermano mayor, totalmente irrecuperable, tuvo que ser derribado, construyéndose un nuevo edificio sobre su planta. Más aterradoras que los impactos de bala en sus zócalos son las muescas en las rejas de sus ventanas, las cuales, por su ángulo, nos hablan de durísimos combates a muy corta distancia, disparándose de edificio a edificio, de ventana a ventana, buscando la Muerte.



LA CRUELDAD DE LA TRAGEDIA

Viene de la portada

Ya nos acercamos un poco más a lo tangible si sacamos el sueño de nuestra mente y lo representamos en la realidad. Verlo representado es una manera de disfrutar de ello, y así hemos llegado al origen de la tragedia. La tragedia, el drama, nos muestran las situaciones por las que no nos atrevemos a pasar debido a su alto precio y nos proporcionan el placer que necesitamos a un precio mucho más barato que el que nos hace pagar la justicia. ¿Qué son 20€ por una entrada de teatro frente a 20 años de cárcel? ¿Qué es ver sufrir a un individuo que está fingiendo frente a causarle uno mismo un auténtico mal? Un pálido reflejo con el que nos conformamos, para bien de todos. Sin embargo, lo que de todo esto se deduce es que los fundamentos del Arte se obtienen de canalizar y sublimizar, para darles una salida social, los bajos instintos humanos. Las desgarradoras pasiones que nos atormentan como a animales son las que hacen nacer la tragedia, el teatro, la pintura, la novela, la música, la danza... Todas las Artes se pueden perfilar como formas de refinadoras de la crueldad básica.

Si Edvard Munch hubiera podido salir a la calle y desfogarse contra el mobiliario urbano y los transeúntes mientras pegaba voces como un energúmeno iracundo, no hubiera pintado *El Grito*. Si Beethoven hubiera sido capaz él mismo de saber lo que se siente arrasando Europa, no hubiera escrito la Quinta Sinfonía. Si Charles Dodgson hubiera podido secuestrar y violar a Alice Liddell a su antojo, no habría pasado su vida reprimiendo su amor por ella, y ahora no tendríamos *Alicia en el País de las Maravillas*. Si Fiódor Dostoievski hubiera asesinado sin piedad a quienes le hacían la vida imposible a él y a su familia, no habría escrito *Crimen y Castigo*. Si Virginia Woolf hubiera podido sacarse de encima a sus doctores victorianos y a la demasiado cariñosa vigilancia de su inútilmente bienintencionado marido, habría vivido feliz en una buhardilla de Bloomsbury en vez de en la insostenible ribera del Ouse y se habría dedicado a hacer de todo en vez de dar vida a *La Señora Dalloway*. Ésta es la pulsión cruel y violenta (pero necesitada de

publicidad) que lleva a muchos asesinos en serie (no mentalmente enfermos) a darse a conocer y a jactarse ante los demás de su propia obra, entregándose a la policía para pagar el precio estipulado de su crueldad; es lo que nos lleva a los eventuales espectadores a sentir una admiración que llamamos morbo ante el horror del crimen. Para atreverse a llevar a la realidad la crueldad de la tragedia y el infierno personal hay que situarse más allá del bien y del mal.

De los ejemplos expuestos sucintamente, ya que a cualquier consumidor de Arte pueden ocurrírsele cientos de ellos, puede deducirse una arriesgada idea. El Arte no es (o no sólo) un constructo humano surgido de la inteligencia y amor por lo bello, que hace al hombre de cualquier época expresarse en las esferas de lo sublime, sino que estaríamos ante una forma de escape de la pulsión natural denostada y reprimida en aras de una convivencia social más ordenada y eficiente. De esta manera, el Arte se revela como algo natural, no mero producto intelectual de una sociedad tamizada en sus sentimientos, sino como la expresión aprobada por todos de una catarsis personal cuya producción y disfrute se han incluido en el marco estético y legítimo del comportamiento autorizado para el bien común. La cultura tiene, lógicamente, un origen naturalmente humano, antropológicamente malvado.

A. GALLEGO

SOY UNA VÍCTIMA

Reconocer que alguien ha sido una víctima es tan necesario como arriesgado. La Ley de la Memoria Histórica aprobada por el gobierno español tenía como objetivo dar voz a un dolor que fue acallado en favor de un pacto de resiliencia. Las voces opositoras de esta reforma alertaron sobre la posibilidad de que este reconocimiento fuera germen de odios y venganzas. Las víctimas a veces se equivocan al restituir el daño. Porque no es lo mismo reconocer públicamente la situación de víctima, que convertirla en una condición del individuo.

Se es víctima con respecto a alguien o a algo concreto. Pero después de esto, no deberían tener cabida las especulaciones ni los resentimientos. Lo mismo ocurre con la pena: "Gran parte de una desgracia cualquiera consiste, por así decirlo, en la sombra de la desgracia, en la reflexión sobre ella", recuerda C.S. Lewis en *Una pena en observación*.

El pueblo israelí es el paradigma de cómo ocupar el estatus de víctima legítima cierta impunidad, tanto para el actor, como para los observadores.

Las reacciones de las víctimas tienden a justificarse y esto puede otorgar una falsa carta blanca para amparar actos legal y éticamente cuestionables. Suele ocurrir que la condena a una víctima llegue tarde. Luego, está la victimización como estrategia. El presidente, bajo sospecha, reelegido de Irán, Mahmud Ahmadinejad, intenta convertir a su pueblo en una víctima ante el mundo para conseguir el apoyo a su discurso de rearme nuclear. La misma táctica sigue Corea del Norte. El régimen de Pyongyang mantiene a su población en una abducción victimizadora. Conscientes los dos de la licencia que les da ser víctimas.

Víctimas son también los terroristas que sólo se manifiestan públicamente para reivindicar atentados y apelar a su condición de oprimidos. El día que escribí estas líneas, tres artefactos habían estallado en tres locales de Palma de Mallorca (y una cuarta explosión estaba siendo investigada), tan sólo once días después de que murieran dos guardias civiles por un coche bomba, con el sello de la banda terrorista ETA (Euskadi Ta Askatasuna / País Vasco y Libertad). Es la respuesta a la "represión" de las fuerzas de seguridad del Estado. "Represión", dicen, porque su terminología es siempre beligerante y

maniquea. Durante los días posteriores, un artículo de opinión de la psicoterapeuta Victoria Mendoza, publicado en el diario Gara responsabilizaba a los políticos de los atentados: "No son los políticos quienes deben determinar cómo resolver el conflicto, no tienen el derecho moral ni la confianza de todo un pueblo, porque no lo han sabido hacer desde un principio y porque, sobre todo, son ellos la causa principal de que haya violencia y motivos más que suficientes para que todas las partes estén encontradas en un conflicto que no tiene razón de ser, porque en ningún momento están actuando con inteligencia y justicia". La falta de responsabilidad de las víctimas es otro de los rasgos característicos de esa condición institucionalizada.

Perdida tengo la cuenta de los artefactos que estallan cada día en Afganistán, Irak y en tantos otros países donde perviven movimientos que rentabilizan su condición de víctimas. Luego están esas víctimas anónimas que reparten en lo cotidiano escarmientos entre hermanos, madres, hijos y parejas con la impunidad de haber tenido una vida más dura - porque para una víctima lo suyo denotará el grado sumo - que la del resto. Y mientras ser víctima sea una condición, todos tendremos motivos para el odio, porque todos lo hemos sido alguna vez. La diferencia es que algunos decidieron dejar de serlo.

L. PALOMO



TANDO ODIO, TAN SÓLO POR AMOR

Hablar de Fernando Vallejo significa hablar de la desesperanza, pero una desesperanza que tiene la peculiaridad de no callarse. La desesperanza cristiana por excelencia es aquella que se lamenta en su trastienda y lloriquea, la que tiene el gesto de un jugador cansado que deja caer los brazos, una desesperanza que se tumba a “soportar” la vida. Pero la desesperanza de Fernando Vallejo es distinta: la suya grita pese a la incompreensión en mitad de los desiertos, por su verdad, rompiéndose la voz por el bien de su causa, sin aflojarla cuando comprueba que nadie responde a su grito. Es una desesperanza guerrera: sé que nadie escucha lo que digo pero no por eso aflojo mi pulso, no por eso lucho con desidia, éste es mi corazón, debo ejercerlo: así alza su palabra.

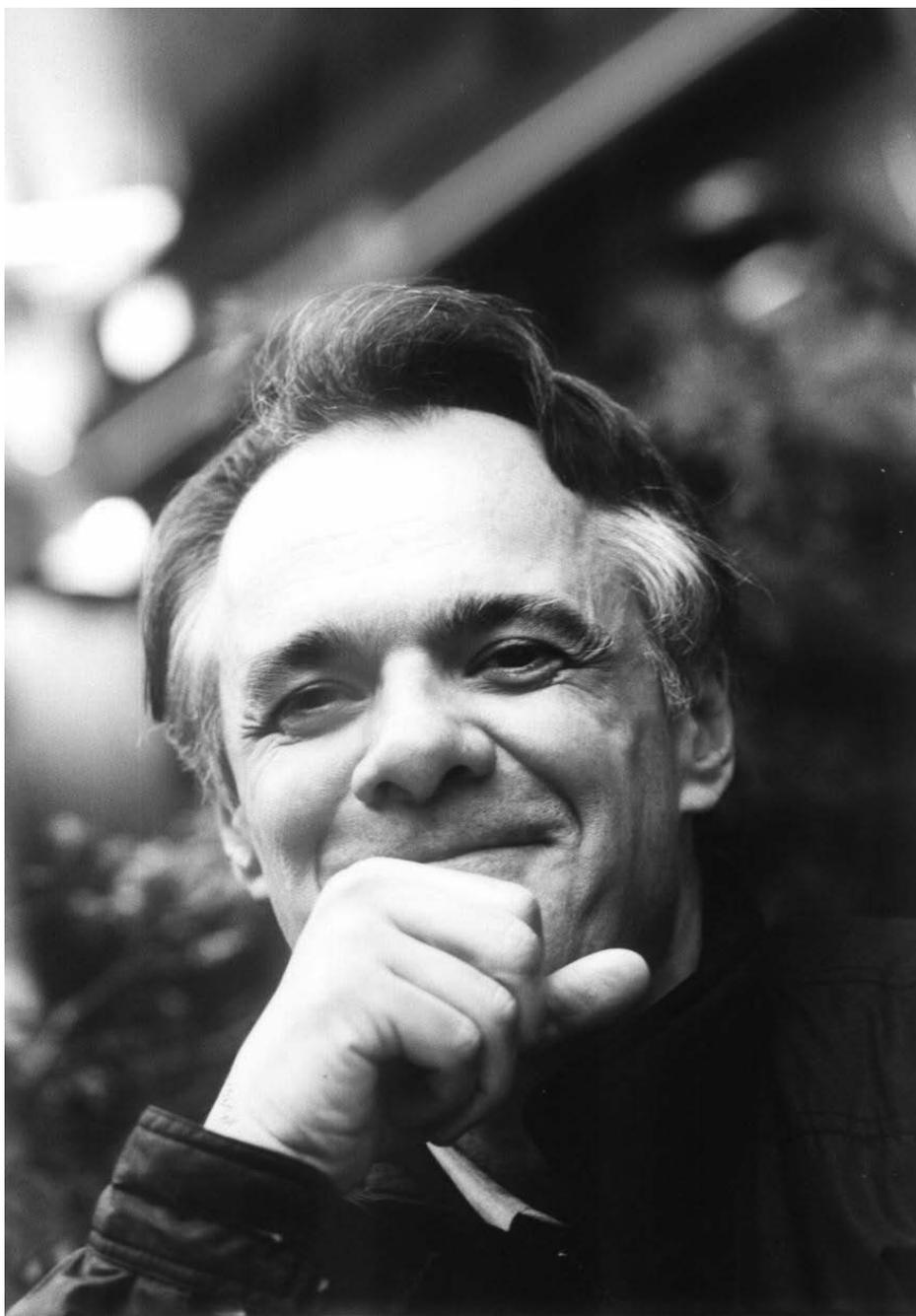
En torno a él se agolpan los eternos insultos de la Iglesia moralina, dichos con toda su alma corta y todo el desprecio que a los hombres nos ha enseñado a tener. Aunque bien es verdad que si no hubiera sido por ella los habríamos encontrado igualmente. ¿Qué voy a decir de la gloriosa institución? Empezar a enumerar sus hipocresías sería convertirlas en un descubrimiento y prefiero presuponer en el lector cierta categoría humana ya que tengo la ventaja de poder inventármelo. Bien, pues dado que usted está de acuerdo con tales evidencias, daré un paso más.

Pululan por estos tiempos post-modernos muchos y muy grandes opositores a Vallejo. Se molestan porque dice los nombres y apellidos de la infamia de Colombia. Ofende que se atreva a amar públicamente más a los perros que a la honorable raza humana. Se encrespan los lomos de los críticos cuando tira por tierra a Dostoievski, los alzacuellos de los curas cuando llama maricas a los Papas, los comunistas, los reaccionarios, los ricos, los voluntarios, las mujeres, los literarios...

Y es que hoy en día la pasión no es seria. Las personas pasionales se observan con una sonrisa incrédula que convierte la radicalidad de su corazón en un espectáculo humorístico. Pero ay, si la pasión se atreve a hablar en alto, con claridad, con nombres y apellidos, si la desmesura se premia en el Rómulo Gallegos y se vende en Alfaguara, entonces sí, nada de risas: radical, inmoral, panfletario, proselitista,

fascista, reaccionario, narciso, provocador, cínico, insincero y malhablado. El individuo de nuestro tiempo debe ser relajado y fácil, debe saber cuestionar sus opiniones, ser elástico y cambiar de vela según la oferta que se ofrezca, ya se trate de la marca de leche o la opinión sobre una guerra. En su vida todo depende, no se aferra nunca a causas demasiado claras ni ve bien que los demás se aferren: somos ciudadanos flexibles de una sociedad pacífica que se horroriza con los crímenes de los lugares lejanos, aunque su horror dure exactamente unos segundos, hasta que salen las próximas noticias y llenan de nuevo su retina con alguna otra imagen impactante. Nos lamentamos de la tragedia lejana pero rechazamos la pasión de quien se entrega con desesperación a alguna causa que se salga de la idiosincrasia en la que nos movemos los individuos del ‘mundo desarrollado’, donde la única razón por la que está legitimado afanarse hasta la obsesión es el dinero.

No es mi intención valorar la moralidad de estas nuevas tendencias humanas, pero ¿saben qué?, que nunca llamaría inmoral a un hombre que se desprende de todos sus derechos de autor para dárselos a los perros de Bogotá,



de Medellín o de donde sea. Y como si oyera vuestros pensamientos: “¿Y por qué no lo dona a los pobres? ¡Con la de hambrientos que hay en Colombia!”. Mi respuesta es ¿lo donas tú a algún sitio? Yo tampoco. Y por eso no pienso en alto interrumpiendo al escritor. ¿Por qué no se lo da a los pobres? Pues porque no le da la gana, porque esa raza traidora es de todo menos merecedora de compasión. Porque no se lo merecen, y es cierto, pues no me podéis negar que no hay nadie más culpable de su mal que el propio hombre. Y la pena que le puedan dar a nuestro autor los más pobres de su país se le pasa enseguida que piense que esos mismos pobres si pudieran y llegaran al poder, serían igual de ladrones que los que hay ahora pudiéndose de lujos. Aunque no, ¿saben qué? Creo que no, creo que a Fernando Vallejo no se le pasa la pena pensando en eso, a mí posiblemente sí, pero a él no.

¿Por qué a los animales? Como dijo Gandhi (citándolo como si no fuera obvio) la grandeza de una nación y su progreso moral se puede medir por

el modo en el que trata a sus animales. O si las citas se cuentan al peso, cómo no aludir a Whitman, o a Nietzsche, o a mi padre, que siempre dijo que una persona que trata bien a los animales no puede ser mala. Pero da igual porque no se trata de argumentos. Para entender esto solo hay que abrir el alma, y eso es algo que no se adquiere con la erudición. Y he aquí la desesperanza: Vallejo trata temas que no se pueden enseñar. Por eso sus lectores no suelen tener término medio, entre ellos casi nunca hay concordia, ni debates, ni reformulaciones; entre ellos hay amantes o detractores pero escasas veces una comunicación: los que lo aman ya estaban de acuerdo con él antes de leerlo, los que lo odian igual, y este es el Desierto. ¿Qué sostenibilidad se le puede conceder a un hombre que dice que un japonés de patas cortas no se puede comparar con una ballena que es grande y hermosa? Desde luego la sociedad no está preparada para su palabra como no está preparada para la de Nietzsche, aunque a éste ya no le insultan porque está muerto, sus libros se publican entre los clásicos y es citado por otros muertos, lo cual no implica en absoluto que se le haya comprendido.

No se entiende, Vallejo, que el odio provenga del amor: nos han enseñado los curas que el amor produce “buenas obras”, de la misma forma que nos han

enseñado que llorar es signo de sufrimiento. Pero yo digo, también gritando en el Desierto, que el llanto no es ni mucho menos la forma más profunda de dolor, que no hay nada tan mezquino como la limosna y que hay quienes aman tanto que llegan a odiar a quienes aman cuando no se cuidan a sí mismos, se destruyen y emponzoñan a otros, como nosotros, los hombres. A todos aquellos que quieren rebajar a Vallejo acudiendo a palabruzcas manchadas ya mil veces por los curas, como “inmoralidad”, yo les digo que detrás del odio de Vallejo hacia su patria, hay un escritor que ha renunciado a venir a España hasta que no se dejen de exigir los visados a los colombianos, y que lo ha cumplido, a diferencia del muy moral García Márquez (buen prosista y postmoderno en su medida). Pero no es que Vallejo no odie a su patria, sino que también la ama, ama la patria que odia. ¡Allí le insultan porque ha renunciado a su nacionalidad colombiana! ¿No entienden que es el que más la ama, pero el amante más dolido? ¿qué corazón sabe sentir ese dolor? Demasiado pocos. Sin embargo, a algunos nos da fuerza aquella voz desesperada en medio del Desierto. Gracias, Vallejo.

M. C. DEL MANZANO

SOBRE LA PERVERSIDAD, A PARTIR DE POE

En uno de sus relatos más breves hace Poe tema de cierto principio de la acción humana que, al parecer, la razón no podría sino columbrar como "a paradoxical something". Ello no es, por lo demás, otra cosa que una idea, un pensamiento ("although a fearful one"), a saber, el de las indeseables consecuencias que se derivarían de una u otra acción que, en ciertos contextos, se tiene de hecho el poder de emprender pero que, efectivamente, no se querría en absoluto emprender. Lo paradójico es que ese pensamiento, lejos de inhibir, impele por sí mismo a actuar, erigiéndose en una tendencia irresistible cuando no sólo el agente es especialmente sugestionable, sino que la misma situación en que se encuentra es también dada a insinuarle con cierta insistencia la idea en cuestión. La esencial dificultad de entender cómo opera ese principio no es otra, por ello, que la de captar su radicalidad, esto es, su carácter de no ser reducible al también elemental —pero mucho más lógico— impulso de hacer lo que no se quiere por mor de lo que sí se quiere, el cual recibe aquí el nombre que le da la frenología: combatividad. Mientras que, conforme a ésta, en efecto, el mal (esto es, lo no querido: que en el relato se aluda sistemáticamente al mal como "lo no debido" obedece a una contaminación hipermoralista del discurso) no se obra sino con vistas a un bien supuesto, aquel otro impulso, por el contrario, rige un mal autosuficiente en tanto que objeto de la decisión, siendo en consecuencia su virtud esencial la de transformar aquello que el agente no quiere en absoluto hacer en una determinación incondicionada de su voluntad, y, así, en algo que, aparentemente, éste decide hacer por la razón de que hacerlo está mal, y sólo por esa razón.

En consonancia con su prácticamente nulo grado de universalidad y necesidad está el hecho de que sólo en "an appeal to one's own heart" nos sea dado constatar eficazmente la radicalidad de esta propensión, y esto revela, a su vez, cuál es el error de procedimiento que ha originado su proscripción de todos los sistemas intelectualistas: pues, deduciéndolas de aquellas acciones que una buena voluntad podría representarse como posibles, y siendo así que para semejante santo querer "to do wrong for the wrong's sake" nunca podría ser siquiera una alternativa, los frenólogos y los moralistas han quedado así en disposición de imputar al hombre diversas capacidades de hacer tanto el bien como el mal, pero han quedado igualmente impedidos para percibir la inescrutable facultad humana de hacer daño sin otro propósito, facultad con la que, en efecto, sólo un examen empírico que validara los actos por su pura facticidad podría familiarizarnos.

Es precisamente alguien que dice tener "some experience" en las acciones resultantes del consabido principio quien en torno a él discurre en el relato, hablando en primera persona y en respuesta a una cuestión que, si no se le ha planteado, al menos él se hace indirecta y retóricamente: "¿Por qué estás aquí?, ¿cómo has llegado a verte con los grillos puestos y ocupando la celda del condenado (a la horca)?" La forma de la pregunta podría hacernos creer que la narración es la historia de una confesión, pero lo cierto es que la breve crónica del crimen consta en la exposición del encadenado como un elemento no primario de su estructura: el relatador ha declarado haber asesinado a alguien con vistas, según parece, a heredar su fortuna, pero sobre todo, a juzgar por el sumo deleite que se procura reparando en lo bien que ha obrado el mal, por pura complacencia en la maldad bien perpetrada (que es aquella que pasa desapercibida como tal, de acuerdo con lo cual está el que la virtud del asesino consista en lograr hacer pasar por natural la muerte que él ha provocado). La pregunta inquiría, entonces, no por la causa del delito, sino por la menos remota de la autodelación, y su urgencia se fundaba en la invalidez del remordimiento como respuesta. Suponemos,

pues, que su fórmula original debía de ser la siguiente: "Si no por arrepentimiento, ¿por qué has confesado?". La respuesta, forzosamente ineficaz, a esta cuestión es lo que precisamente constituye la exposición del principio de marras, al cual, siendo de suyo inefable, el narrador asigna el nombre de perversidad como el que mejor le conviene.

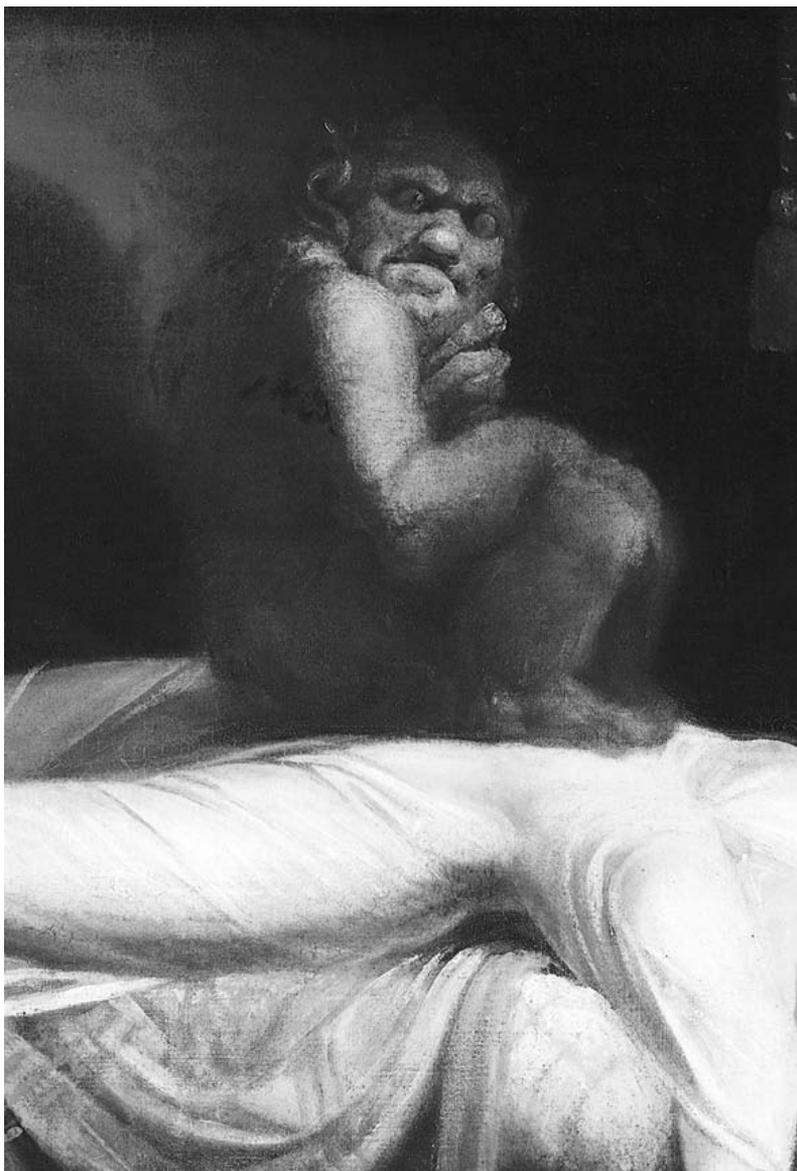
Es perversa —en este sentido— la acción que, en cada caso, se concibe y propone en aquella idea o pensamiento que, como estricta "vis a tergo", golpea nuestra espalda empujándonos a hacer lo que no queremos y, aparentemente, en razón de que no lo queremos hacer. No hay, por tanto, fuerza bruta ni chantaje en la palmada: su violencia es la de la pura sugestión. Pero, ¿quién emite la voz que hace expreso ese pensamiento? Desde luego, no alguien cuya boca uno pudiera acallar mediante ruegos o mordazas, pero tampoco la propia conciencia, pues nosotros, que vivimos el trato con ella como un conflicto en nuestro interior (como un combate en el que, siendo el adversario infatigable, optar por resistirse sin más significa luchar en vano), no somos en el fondo más que sus "many uncounted victims". Así, de esa voz sólo cabe decir que es una manifestación, un rumor

que brota en determinadas situaciones como afección insoslayable de la mente a la que se insinúa. Porque ésta no tiene un origen localizable se dice de quien la articula que es un espíritu, y porque es malvado pero ocupa una categoría subalterna en su afán de diseminar la culpa, es éste referido como un demonio o un diablo ("fiend", "imp"), el cual, no siendo la encarnación misma del mal ("the archfiend") sino uno de sus innumerables vástagos (muchos motivos da el relato para sospechar que en su título se juega básicamente con este significado arcaico de "imp"), y careciendo por ello del serpentino poder de incoar un mal absoluto, se dedica a promoverlo inspirando aquel tipo de malas acciones que, por serlo sólo parcialmente, pueden a veces parecer, desde otra perspectiva, relativamente benéficas. Su carácter es el de un tenaz acosador, que, machacón e impertinente (como la cantinela que no se va de la cabeza), persiste en un mismo requerimiento y nunca cesa. Pero, pues su eficacia es la de convertir las pesadillas del alma en sueños que uno busca hacer realidad, ha de ser también un seductor implacable, diestro en el arte de la insidia, capaz de, deslizándose "by scarcely perceptible gradations" y removiendo así toda resistencia, persuadir de que lo amargo es dulce, lo feo, hermoso, lo malo, bueno.

Cierto que, cuando alguien nos insta a hacer lo que no queremos, podemos,

por lo general, declinar la solicitud o bien, si encontramos motivos para ello, hacer lo que se nos pide. Frente a este perverso demonio, sin embargo, no hay tal elección, pues, consistiendo su poder de convicción en su recurrencia y su progresivo refinamiento, pensar en lo que nos dice, "to indulge, for a moment, in any attempt at 'thought', is to be inevitably lost". La sola forma eficaz de oponerse a él y resistirse a su voz consiste, por consiguiente, en distraerse totalmente de ella, desatenderla de raíz, de modo que, reducida a ruido, no sea ya para nosotros más que un sonido insignificante. Pero, ¿qué llevó al encarcelado, en último término, a consentir en prestarle oídos? Esto lo describe él mismo como "a fit of petulance": si todo hacer lo que no se quiere por la razón de que no se quiere es en verdad un hacer lo que se hace por la razón de que se puede (es decir, una pura exhibición del poder que a uno le constituye), entonces todo arranque de perversidad lo es, en el fondo, de petulancia. Es, por la parte que a él le toca, su soberbia lo que hace del narrador —y de cualquiera— un digno heredero y perpetuador ("imp") de la perversidad, lo que le ha incitado a confesar (ostentar) su maldad, no porque le pese la culpa y desee descargarse de algún modo de ella (esto es, disculparse), sino, muy al contrario, por jactancia de ella y deseo de hacerla valer.

E. ISIDORO



TRABAJO, MALVADA ENFERMEDAD

Puede que en la Etimología, como declara la suya propia (del gr. ant. etimología, del adjetivo étimos 'verdadero', algo así como veridicción o 'diciencia- o razonamiento-de-lo-verdadero'), algo de verdadero subyaga, por lo que, confiando hoy en ello, presento al esforzado lector estos tétricos divertimentos.

'Trabajo', con sus hermanos en las demás romances, parece confirmado que proviene de la palabra bajolatina *tripalium* (de los cuales *tripaliäre* y *trabajar*), con que se designaba un instrumento de tortura consistente en tres estacas a cuyos pies a menudo ardía una hoguera, y al cual se ataba a los esclavos que no trabajaban lo bastante duro (¡maldita ironía!) para complacer a sus amos y señores más crueles, y también al ganado más reacio a calzarse las herraduras, instrumento que de sobra se sabe que es para favorecer el aguante de sus uñas y así hacerlos más aptos para las labores impuestas por el Hombre. No hay espacio aquí para leer algunos de los registros en castellano viejo de las palabras 'trabajo' y 'trabajar' (vaya el curioso, p. e., al Libro de Apolonio 630a, a la traducción de mediados del XIII post del Evangelio de San Mateo 11.28 y al Libro de Buen Amor 1391c, o mismamente al título de lo más fatigoso de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*), pero confíe el lector en que se usa referido al padecimiento y los sufrimientos, de modo semejante en las romances: en ellas el verbo heredero vale por 'esforzarse, fatigarse, tomarse molestias' (portugués, italiano), significando también, y en ocasiones todavía, 'sufrir' (it., catalán y francés medievales) o 'hacer sufrir, atormentar' (occitano, cat. y fr. medievales) y aun 'padecer los dolores del parto' (fr. e inglés medievales, it.); a lo cual es pertinente lo que se sugiere en el Génesis 3.16-19, cuando Dios condena a Adán al Trabajo y a Eva al dolor del parto y la sumisión al Hombre: Trabajo para él, trabajos para ella.

No menos interesante es que las palabras a que vinieron a sustituir casi del todo las bajolatinas *tripalium* y *tripaliäre*, que, como todo el mundo sabe, son *labor* y *laboräre*, ya habían andado un camino semejante, puesto que se usaban, no sólo para el 'trabajo' o 'trabajar', sino a menudo también para referirse a dolores especialmente sufridos de alguna enfermedad (p. e., frecuentemente en Cicerón), junto con los del parto (así, p. e., en Terencio *Andria* 268 y Horacio 3.22.1-3), aparte de malestares psíquicos o mentales, como el agobio o la ansiedad.

En griego antiguo, el término más parecido no sería tanto (*w*)érgon ('obra, acción, hecho'), como *pónos*, que se refiere no sólo al trabajo físico, sino también al natural sufrimiento que conlleva, sin que ni en latín ni en gr. ant. dé en algo semejante al 'cansancio' (para designar lo cual ya están los verbos *fatisco*(r) y *kámnō* respectivamente, con sus parientes y derivados). Curiosamente, en griego antiguo de *pónos* se deriva el adjetivo *ponērós*, que todavía Homero se lo aplica a las obras o acciones (*wérga*) trabajosas, pero que posteriormente se refiere por excelencia a los hombres malvados, quién sabe si por prejuicio aristocrático hacia la clase trabajadora, o si porque el trabajo se sentía como una carga de males o si porque el trabajo estropea el carácter.

En fin, que ya vemos, recurriendo, al margen de nuestra experiencia, al devenir semántico de los vocablos, por qué terrenos se mueve esto del Trabajo y lo nada de bueno que tiene, al asimilarse a los sufrimientos y dolores por un lado y por el otro a la malicia y maldad, por más que se nos predique a todos (universitarios los primeros, que los más habremos venido a la Universidad a buscarnos una colocación) que tener un trabajo es bueno y necesario. Y en el funcionamiento de nuestra sociedad, que hayan llegado a ser incompatibles Trabajo y Enfermedad (en el sentido de que, teóricamente, un trabajador enfermo está dispensado de trabajar) más bien prueba la equivalencia entre ambos, y algo de eso tuvo que haber, cuando, al mes de empezar a trabajar, protestó mi cuerpo enfermando de una apendicitis, que por mi mal hubo de complicarse.

R. DORADO

FUERA DEL LENGUAJE

Hace relativamente poco tuve una discusión con un colega, profesor de Lengua y Literatura en un instituto de Madrid, acerca de la función de los pronombres personales. La conversación arrancaba de un librito de gramática, aún no publicado entonces, que yo le había dejado para que lo leyera. Este profesor al que me refiero es coautor de un Manual de Lengua para Bachillerato, así que se puede decir que sabía bien de qué se trataba. El caso es que, después de haberlo hojeado, me dijo que el autor (ya lo conocía de antemano) piensa que ha descubierto la pólvora, pero que en el fondo lo que dice ya está dicho: en resumen, que presenta como novedoso lo que no lo es, así que es doblemente ignorante.

Desde luego que yo no pretendía que en el libro se fuera a encontrar grandes novedades, o que el autor echara por tierra todo lo que hasta entonces se había escrito y se sacara de la manga una gramática o un modo de hacer gramática ex nihilo, pero sí me parecía que, a pesar de seguir los pasos básicos que sigue cualquier gramática, se deshacía de ciertos errores y cargas tradicionales que impiden entender lo que se está haciendo cuando se habla.

Uno de ellos, quizás el más fundamental, es que en la inmensa mayoría de gramáticas se habla del lenguaje como una cosa real, como algo que participa de la Realidad, es decir: que la Realidad está fuera del lenguaje y existe con independencia de él, antes que él.

En la breve conversación que tuvimos salió el tema de la anáfora, que yo aproveché para preguntarle si pensaba que los pronombres personales o los deícticos hacían referencia a algo. Él afirmó que sí y me aseguró que los pronombres del tipo de YO o ESTO tienen una función anafórica, es decir: que sirven para hacer referencia a algo que está ya dado de antemano, con independencia del lenguaje, en el contexto lingüístico. Así que si yo digo en este momento 'yo' lo que hago es referirme a mí mismo, pero no como a "cualquiera que sea que esté ahora hablando", sino como a una persona real que existe con independencia del acto de habla, es decir: que me refiero a mí como persona, con mi nombre y apellidos, mi número de NIF y mi fecha de cumpleaños.

Desde luego que éste es un error del que participará la mayoría de

los que lean este artículo, que pensarán seguramente que el mundo en el que viven, las cosas que ven y que les rodean, no son producto del lenguaje, sino que viven de por sí y que están ahí antes, con independencia de su lenguaje. Pues bien, a mí no me queda más que retarles desde este artículo a que lo demuestren, a que traten de demostrar que si alguien me tira una piedra a la cara y me da en ella y me hace brotar roja la sangre de las narices abajo, todo eso pasa con independencia del lenguaje, que todo eso puede pasar sin que nadie lo oiga o lo vea o lo sienta ajeno a ningún tipo de lenguaje. Mientras tanto, yo seguiré pensando que no, que lo que hacemos constantemente es confundir nuestro lenguaje con el lenguaje, creer que el nuestro es el único que hay y que, por tanto, nuestra Realidad es la única posible y que, en consecuencia, existe de por sí; pero que, desde luego, eso no son más que ilusiones nuestras.

Y como esto de hablar se confunde constantemente con aquello de lo que se habla, como se confunde constantemente el lenguaje (que es pura acción) con la realidad (que no es acción, sino significado) voy a darle, antes de despedirme, al gracioso lector una lista de palabras e índices sin significado, para que las medite: 'allí', 'aquí', 'ahora', 'hoy', 'yo', 'tú', 'tu', 'mi', '-ba/-ía' (pret. imperf. ind.), 'David', 'Róterdam', 'Ebro', 'España', 'cinco', 'quinto', 'no', '¿?' (entonación de pregunta).

D. PASCUAL



CONVERSACIONES CON UN ESCRITOR JOVEN

Después de leer su libro, me encuentro con la oportunidad de forma inesperada de entrevistar a Matías Candeira (Madrid, 1984), autor de *La soledad de los ventrílocuos* (Tropo Editores, 2009). ¿Qué se le puede preguntar a alguien cuyos relatos te han animado a seguir en un oficio como éste, te han sorprendido, has seguido su trayectoria desde los comienzos, le has visto crecer como escritor, en fin, admiras su trabajo y sientes una curiosidad infinita por conocer cuanto tenga que decir?

Le propongo un diálogo como éste y acepta encantado. ¿Qué es para Matías Candeira escribir? ¿Cómo empezó? ¿Cuándo comenzó a crecer tanto su vocación como para lograr publicar un libro a los 24 años; pasar de escribir “porque él escribía, porque para él era lo natural, lo intrínseco” a descubrirse como escritor, y qué ocurrió en el cambio que supongo se produciría en su vida y en el que ha querido sumergirse y vivir; la soledad, la disciplina, la vida entre libros, etcétera, abarcando la literatura, imagino, el lugar principal, un compromiso frente a otras facetas de la vida?

Su primer libro, le digo, está lleno de frescura y madurez, de combinatorias imposibles, de frases y recovecos y cintas de Moebius, de escritura y de ganas de escritura, le digo, que espero llegue a ser el escritor que siempre ha querido ser. Ése y no otro, se entiende, y él me entiende porque es escritor, quizá uno que todavía se oculte tras la soledad de los ventrílocuos, quiero pensar que ya ha llegado más lejos, porque también sabe que no vale detenerse, y nos ha dejado un regalo; dos relatos inéditos, posteriores a la publicación, que ha querido seguir compartiendo. Bien.



¿Cómo es el proceso de escritura de tu obra, el planteamiento de las historias, la primera idea, el desarrollo, la inmersión en la historia, qué son para ti los personajes de tus relatos?

Hablando vulgarmente, a mí me gustan los relatos que se rompen por las esquinas. Por eso siempre intento que mis cuentos gocen de cierta imprevisibilidad, ese punto en que la escritura delira y produce un efecto inédito, perturbador y hasta extraño. Para mi gusto, todo buen relato tiene que tener ciertas zonas que el autor no controle, un fuera del sentido, una zona fantasma (me temo que todo esto suena a chino) por la que el lector se ve impelido a sentir y mirar de otra manera. Por eso, a la hora de escribir le doy mucha importancia a esos momentos de la escritura donde no sé lo que quiero decir. Con esto no quiero decir que no sea metódico y evite planificar; pero me parece importante conciliar esa parte no consciente de la escritura con una buena estructura. Te diré que prefiero un buen relato imperfecto, que posea momentos luminosos, que un relato perfectamente cerrado.

¿En qué momento de tu relación con la literatura te encuentras?

La literatura y yo nos estamos haciendo amigos; hace poco le regalé un pastor alemán con un lazo rosa atado a la cabeza, además de una encantadora caja de bombones. Me ha prometido que pronto me presentará a sus padres...

Ahora sin retintín: acabo de terminar de corregir un segundo libro de relatos. Por experiencia sé que mi escritura sufrirá un parón. Hay que buscar cierto tiempo para pensar y, sobre todo, para vivir. El deseo de escribir tiene que echar raíces otra vez. También estoy reflexionando sobre una idea para una novela, algo parecido al encuentro entre Kafka y El guardián entre el centeno. Mis planes a corto plazo consisten simplemente en que me he comprado una libreta y voy apuntando ideas, impresiones, deseos. Me divierte pensar en lo que voy a escribir tanto como escribirlo.

¿Con qué autores compartes tu experiencia en estos momentos, meses después de publicar tu libro?

Tengo mucha relación con el mundo del relato corto y los autores que cultivan el género en España, entre los que se encuentran buenos amigos míos. Las sinergias entre nosotros son constantes y, aunque hay que mirar esto con cierta distancia, existe una cierta camaradería que nos une y por la que compartimos objetivos. Sí te puedo decir que, aunque hay aún muchas barreras por derribar para los que consideramos el relato un género mayor, hay un movimiento soterrado constante; y editoriales, y cada vez más lectores que se acercan al género con la mente abierta. Ha costado y costará sacar a este país de la gula novelística. Quién sabe si eso se podrá cambiar. De lo que no hay duda es de que cada vez hay más autores que cultivan el cuento corto y un aumento exponencial de la calidad de lo escrito.

¿Ha quedado tu primer libro de relatos como algo pasado? ¿Eres capaz de hacer una crítica de él?

Creo que la autocrítica siempre es posible (y hasta necesaria), pero hay que

ejercerla con cuidado. Un libro, sea el primero o el número quince, siempre se escribe bajo unas circunstancias personales concretas; es indisoluble de la manera en que la vida funciona, como la buena escritura. Eso tiene cierto valor, si cuidas que no empañe tu exigencia frente al trabajo. En este sentido, no creo que la edad importe demasiado a la hora de valorar el texto. Sé que podría ser la primera excusa una vez pasado el tiempo, “era muy joven...”. Lo pienso, y lo cierto es que tengo que oponerme un poco a esa justificación. Invertí tres años en armar *La soledad de los ventrílocuos*, y dos años más hasta que conseguí publicarlo. Tiene más horas de corrección encima de las que son mentalmente saludables (hay un obsesivo Flaubert en mí, ya ves). De hecho, hubo un punto en que tuve que dejar de corregir porque corría el riesgo de estropearlo. Sigo satisfecho con él.

Claro que, al ser un libro de relatos, es impensable que no haya mejores y peores. Por eso me surge una pregunta: ¿los que le gustan menos al autor tienen que ser necesariamente los menos interesantes? Mi experiencia es rara en ese sentido: sólo hay dos cuentos con los que dudé a la hora de incluirlos o no. Uno fue desechado. El otro lo incluí porque fui incapaz de desprenderme del cariño que le tenía. Confiaba en que fuera un apósito a todos los demás de una calidad aceptable. La sorpresa fue que, de hecho, es de los más mencionados por los que me han leído.

¿Conjuga tu escritura de hoy con la que nos ofreces en estos cuentos de *La soledad de los ventrílocuos*? ¿Buscas seguir explorando el camino que has abierto con estas narraciones o probar un cambio en el estilo, la dinámica en el desarrollo de tu obra, la temática, la forma, el tono...?

Ten en cuenta que hace más de dos años que puse el punto y final a este libro, así que es impensable que no exista cierto cambio en mi escritura y en la mirada que uso. Reconozco que con este libro próximo he ampliado mi mirada hacia otras perspectivas y géneros, así que estos nuevos relatos tienen posos del cómic, del cine, de la serie B y el derribo. Hay más apetencia por la broma y lo posmoderno. Sobre todo, es una mirada más oscura y desencantada hacia la identidad y los lazos familiares, que, supongo, es el hilo central.

¿Como lector, qué tipo de literatura te hace más feliz, con cuál disfrutas más?

Soy un lector muy poco metódico que quiere abarcar demasiado, así que eso me da la ventaja de poder disfrutar con varios géneros. Tengo especial afinidad por la mal llamada literatura popular: ciencia ficción, terror, novela negra... También hago el amor, tímidamente, con la poesía. Relatos leo todos los días, mínimo dos, para engrasar las ideas y potenciar la envidia sana, que es un buen motor de escritura. Mi cuarto está lleno de novelas.

¿Qué queda y qué permanece del sueño de ser escritor, y con qué parte de realidad de escritor te enfrentas hoy en día?

La verdad es que puedo decir que mis sueños, ahora mismo, son más modestos de lo que cualquiera podría pensar: me conformo con escribir los libros que deseo y a mi manera, con que me los publiquen y con que vayan saliendo algún que otro bolo de vez en cuando. El tiempo dirá qué pasa después.

Cuéntame una excusa con la que te sientas frente al teclado dispuesto a escribir, pongamos, un folio; al menos, unas horas.

Suele ser más sencillo para mí cuando me siento al teclado con un pequeño placebo mental en la cabeza. Las ideas, que son un poco malvadas, tienen esa maravillosa capacidad de hacer, literalmente, lo que les apetece. Más de una vez me he sentado a escribir con el deseo de hacer un pequeño microrelato; y más de una vez me ha pasado que, sin yo quererlo, se ha transformado en una historia mucho más compleja, más larga y con la que tengo que trabajar durante semanas. Lo más sencillo para escribir es ponerse a ello con la misma humildad con la que te sientas a escribir la lista de la compra.

¿Y una excusa para no escribir?

El miedo a no terminar lo empezado, el miedo a fallar, incluso el miedo a hacerlo bien. Y la pereza, que también es muy malvada.

M. CABRERA

ME ODIO

Un relato de David PASCUAL COELLO



L es voy a contar mi historia: espero que no me culpen por ella. No es precisamente una historia cualquiera, porque siento que la llevo toda encima ahora mismo y que me está pesando tanto ahora que tengo que contársela a alguien, aunque sea a esta hoja blanca. ¿Por qué? Supongo que porque cuando bebes demasiado, el cuerpo mismo te hace vomitar lo que te está haciendo daño, pero con las cosas del alma no pasa lo mismo y la única forma de deshacerse de ellas, aunque sea por un momento, es contárselas a alguien. Mi pena ahora es que no tengo a quien contársela, que no espero recibir abrazos ni consuelo de nadie, ni tengo a nadie que me seque las lágrimas o que me las saque fuera, que lo siento todo frío alrededor y que yo mismo me siento tan frío que no me queda más que el miserable consuelo de vomitar sobre esta hoja mi historia. Espero que si alguien lee esto algún día, sienta algo de compasión: se lo agradeceré desde la tumba. Amén.

No sé por dónde empezar, así que empezaré por donde sea, que tampoco me voy a poner a ver de dónde me vienen las arcadas ni en qué orden voy a ir sacando las bilis de diferentes colores que me están matando. Supongo que lo primero será explicar cómo es esto (o cómo puede ser) de que me odie a mí mismo. Tampoco es que yo lo entienda, pero a lo mejor, si me pongo, consigo sacar algo. El caso es que yo me odio, me odio a mí mismo con toda la saña y toda la fuerza de la que soy capaz: esto es más o menos un hecho que me está despedazando. Pero para mí eso es algo tan real como incomprensible y me pregunto todo el tiempo cómo me puede suceder, porque entiendo que aquí hay un lío lógico difícil de desenredar y que quizás hacerlo me cueste la vida y el alma al mismo tiempo. Creo que la mejor manera de hacerlo ver sea preguntándome, como me pregunto: "¿quién se odia?". No es nada fácil decidirlo, porque el que odia soy yo, eso está claro; pero si pregunto: "¿a quién odian?". La respuesta es que me odian a mí, que yo me odio a mí. Pero no entiendo cómo puede ser eso, porque entonces el que odia y a quien odia ¿son el mismo?, ¿soy yo los dos? Pero, ¿ven?, ya he dicho 'dos' y 'mismo'. Y lo peor es que ninguna respuesta me da una salida, ni un poco de calma ni certeza, porque si digo que son dos, tengo que admitir que los dos son el mismo (o sea: yo), pero si digo que son el mismo (o sea: yo) ya con eso estoy diciendo que son dos, porque nadie va a dudar de que hay algo que se repite. Y si eso fuera lo peor, quizá no sería tan malo, pero es que pasa una tercera cosa, y es que el que se está muriendo por ello soy yo, que les estoy escribiendo esto ahora mismo en carne y hueso, y que no soy ni el uno ni el otro ni los dos al mismo tiempo. ¿Tengo que explicarlo más o se entiende? Creo que sí, pero por si acaso (tengo tiempo aún) se me ocurre decirles que si yo soy el que odia, ya no puedo ser el otro, el odiado; y que soy el odiado no puedo ser el que odia; y que si quiero ser el uno y el otro a la vez ya tengo que ser un tercero, ¿entienden?: un tercer 'yo' que no es ni uno ni otro, pero que

Me odio a mí mismo con toda la saña y toda la fuerza de la que soy capaz.

es el que sufre y padece en su vida real lo que a esos otros dos (que son yo mismo) les pasa.

Pero, ¿ven?, ya me siento solo otra vez, profundamente solo en mi trinidad, y todo porque me entran dudas de si alguien va a enterder algo de lo que estoy diciendo o de si yo mismo lo entiendo, que creo que tampoco. Pero no me importa, ya a estas alturas de mi desesperación no me voy a poner a pensarlo; no me importa, sólo quiero ver si con esto expulso algo de la contradicción o contradicciones que me hacen la vida amarga y tan amarga que no me la dejan vivir ni un poco; no me importa que a lo mejor no consiga nada. ¡Mierda, sí que me importa, pero voy a seguir: no me queda más!

Mi historia, sí, eso es lo que iba a contarles, aunque ya les he dicho que no puedo decir que sea una historia como la de los libros, porque ésa no duele y ésta a mí me está doliendo por los cuatro costados y me está haciendo reventar por dentro. Y es que lo primero es que lo que a mí más me duele es tener una historia, ¿entienden? Lo que ha mí me ha pasado no es nada especial, ni digno de que se lo cuente ni de pasar a ningunos anales, no tengo en mi vida grandes desgracias ni desastres demasiado espectaculares que contarles. Tengo más o menos una historia como la de cualquiera, como la que tiene cualquiera de ustedes y no creo que tenga motivos para sentirme especialmente desgraciado (hasta admito que hay otros con muchos más motivos que yo para eso), pero no sé por qué motivo a mí me

pesa tanto que ni puedo librarme de ella ni consolarme con otras cosas o con otros males, como veo que hacen los demás. Yo me odio a mí mismo: ésa es mi historia. Espero poderse lo explicar, aunque ya me están flaqueando las fuerzas otra vez en esta noche, pero trataré de

hacer un esfuerzo, porque supongo que a estas alturas me va la vida en ello. Quedan ya avisados de que no voy a entrar en detalles personales, que creo que carecen de importancia.

Yo no me gusta: no mi historia. No me gusta lo que me ha pasado en los años que llevo en este mundo, ni me gusta cómo soy. Me muero, ¿saben?, por haber tenido otra historia, porque me hubieran pasado otras cosas que no me han pasado, ni ya me pueden pasar, porque lo que yo quería, ¿saben?, es que mi vida hubiera sido otra, que hubiera sido de otra manera, pero a la vez entiendo que eso ya ha pasado y que lo pasado, pasado, y que ya no se puede hacer nada, que está como si dijéramos 'muerto', así que estoy condenado a vivir conmigo mismo todo el resto que me quede de vida, condenado a vivir con esto que soy y que odio con toda mi alma todo el resto de mis días, y esa idea se me hace tan insoponible y tan insoponible y cada vez más, que me ha llevado al borde del abismo. Creo que entienden a qué me refiero sin necesidad de ser más explícito: cuando alguien odia a alguien con toda su alma y con todas sus fuerzas está claro lo que quiere hacer con él.

Espero haberlo sabido explicar, pero por si acaso, voy a repetirlo: no me

LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

Un relato de Borja MENÉNDEZ DÍAZ-JORGE

gusta mi vida, la vida que he tenido hasta ahora, ni me gusta yo tampoco, que soy el resultado de eso y el que la vive, y quiero borrar todo eso, quiero olvidarlo todo, porque siendo quien soy estoy seguro de que no puedo vivir, así que todo el resto de mis días se me presenta como un inmenso calvario por donde tengo que ir pasando, día a día, hora a hora, mes a mes, año a año, minuto a minuto, hasta que al final del camino me den la puntilla. Quiero acabar ya con esto, no quiero seguir esperando, porque esta idea me atormenta y me destroza por dentro y he llegado a tal punto que ya ni siquiera soy capaz del más mínimo disimulo, que ya ni siquiera tengo un minuto al día en que me olvide de todo eso y pueda disfrutar de algo bueno.

No sé si habré conseguido explicarlo, pero no voy a enredarlo más todavía: espero que alguien entienda algo de eso. No voy a ceder a la tentación de dejarlo y soltar el boli y acabar. Tengo antes que acabar esto, si puedo, porque, si no, creo que tampoco voy a poder descansar bien en la tumba o donde me pongan después. Ya saben: todo estaría claro para mí si no fuera por ese pequeño lío lógico del que les he hablado al principio. Seguro que eso les parece una chorrada, porque puestos a matarse, para qué andarse con menudencias, pero para mí no lo es y no me pidan que se lo explique, porque tampoco lo entiendo, y también me da igual que algunos de ustedes me llamen cobarde: eso no es nada comparado con lo que me llamo yo a mí mismo todos los días. Pero se lo explico en un momento y ya termino, y que les den por culo si no lo entienden, que me importa una mierda.

Bueno, el problema es que no sé, en el caso de matarme, qué pasaría con lo que les he hablado al principio: ¿quién mataría?, ¿quién moriría?, ¿quién odia a quién? No entiendo por qué me pasa y por eso no soy capaz de dar el último paso para ejecutarme: hay en ello un misterio que me hiela la mano y me hace dudar. Porque ¿qué culpa tengo yo de haber tenido esta historia que he tenido? ¿Y si resulta que voy a matar a un inocente? Y entonces me surge la duda de si no podría perdonarme, perdonarme de veras y dejarme vivir: salvarme la vida. ¿Entienden lo que les digo? ¿Alguien me está entendiendo? Perdonarme..., en eso es en lo que pienso, y cada vez que pienso en ello, lo crean o no, les juro que se me saltan las lágrimas y lloro como un niño, como ahora mismo, que apenas veo lo que escribo, y siento una ternura inmensa conmigo mismo y hasta ha habido veces que me he pedido perdón llorando, por estúpido que les parezca. Ya sé que

hay muchos que no se detienen en esto y que lo hacen y se acabó, pero está visto que yo no puedo. Así que esta es la historia de mi vida, queridos lectores (creo que ya puedo llamarles así, a estas alturas): ni me gusta, ni soy capaz de acabar con ella del todo y de una vez por todas, así que vuelvo cada vez al mismo martirio, sencillamente porque la idea de perdonarme y dejarme vivir, no me parece imposible del todo y pienso que hasta con algo de paciencia pudiera ir aprendiendo a hacerlo: a ir perdonándome y odiándome un poco menos y hasta algún día, ¿quién sabe?, pudiera olvidarme de todo lo que a todas horas me echo en cara y pudiera dejar que se fuera borrando y perdiéndose en lo sin fin, y en lo hermoso que sería ir perdiendo este lastre inmenso que me aplasta día y noche, esta culpa insoportable que me está matando, que me culpo día y noche de lo que me ha pasado y culpo a mis padres y todos los que se me ponen alrededor y todo se me vuelve una maraña de odio hacia mí mismo y hacia los otros y hacia todo lo que me rodea, que me da un asco y me doy un asco que no lo puedo soportar.

Bueno, ya saben, no voy a empezar otra vez. Es eso al fin y al cabo: que siento que me queda algo de lo que no es eso, una semillita de amor y de perdón que no se ha pudrido entre el estiércol y que a lo mejor, si la dejas, puede germinarme dentro y... ¿quién sabe?, ¿quién sabe si a lo mejor, como un granito de mostaza...? Total, lo que sí que es verdad es que, para matarse, siempre hay tiempo.

Atentamente,
NO SE LEÍA BIEN EL NOMBRE.

Al ir aumentando la temperatura, pequeños huequecitos encharcados se fueron abriendo entre la placa helada. No eran más que la marca de un dedo o la huella de un pequeño pie, pero poco a poco se fueron ensanchando, resquebrajando lo que antes pareciera una roca inalterable. Al cabo de dos semanas, ya eran grandes charcos y afiladas grietas.

Sutiles cambios climáticos estaban favoreciendo la desaparición del bloque helado. Según el hielo se derretía, el agua comenzaba a deslizarse abriendo canales y boquetes y, con ello, erosionando y destruyendo el bloque. Era un proceso imparabile que avanzaba en progresión geométrica.

No pasó mucho tiempo sin que las grietas fuesen desfiladeros y, los charcos, caudalosos ríos que resquebrajaban todo a su paso. Enormes masas de agua arrastraban a su paso toneladas de materiales arrancados de su quietud milenaria.

Algunos kilómetros más al sur, donde el clima era todavía más cálido, la corriente se detenía y abandonaba allí los enormes fragmentos de hielo y roca. Grandes cantos de piedra desgastados y pulidos por una fuerza irracional y obsesiva se amontonaban juntos, organizando figuras de una belleza apocalíptica. Entre el maremagno, como un transatlántico en el desierto, se alzaba algún enorme iceberg, recuerdo del glaciar ahora ya inexistente.

El cuerpo de la rana, otrora criogenizado a varias decenas de metros de profundidad, se hallaba abandonado entre los restos gigantes de la piedra demolida. Sus extremidades cubiertas de escarcha fueron calentándose lenta pero ineludiblemente bajo el sol. Y así, con el calor rejuvenecedor, el milagro pudo comenzar a suceder, y el metabolismo prácticamente detenido durante siglos pudo volver a ponerse en funcionamiento. No había daños en los vasos sanguíneos ni en los órganos principales. Maravilla de la selección natural que había impedido la cristalización de las células, evitando su ruptura. Otras ranas como ella estarían, tal vez, despertando lentamente en otros lugares.

Algunas horas más tarde la rana pudo empezar a moverse, primero con torpeza, luego con mayor soltura. Lo que más necesitaba —agua— era fácil de encontrar.

Todo era un lodazal entre los cantos gigantes. La rana se dejó llevar por las cada vez más flojas corrientes hasta llegar a una sucia poza formada entre los restos del deshielo. En sus aguas pudo encontrar algún mínimo resto comestible —su segunda necesidad importante—, pero ninguna compañera. De hecho, ningún vertebrado parecía habitar en aquel lugar devastado.

Allí moró durante varias semanas y, mientras tanto, para empeorar las cosas, la temperatura siguió aumentando. El agua se evaporaba irremediabilmente y, al fin, sin más deshielo, el lodazal se fue secando, la tierra resquebrajándose entre las rocas rodadas; y la rana se vio aislada en aquella charca cada vez más reducida. Todo parecía indicar que había vuelto a la vida por un tiempo muy breve.

Demasiado hambriento para aventurarse y aún confuso por la descongelación y el viaje, el batracio siguió nadando en círculos cada vez más pequeños hasta que, finalmente, algunos días más tarde, la charca fue sólo una mancha negruzca en medio de un paisaje desolado y abrasador. Allí yació el animal, listo para el sacrificio sobre un altar de tierra oscura. El sol sería el sumo sacerdote, armado con su lanceta de luz.

Fue una muerte agónica pero deseada. Mas como premio a lo inútil de su sufrimiento, su frágil cuerpo quedó perfectamente impreso en aquel barro seco, convirtiéndose, con el paso de los siglos, en un bello fósil de anfibio anuro, eslabón entre la rana muscosa y una nueva especie, capaz de sobrevivir durante años enterrada bajo el fango seco, esperando un agua milagrosa que la resucite como diciéndole:

¡levántate y anda!



Un relato de Álvaro GUIJARRO GARCÍA

Ahora sé que no es así, que Johnny persigue en vez de ser perseguido, que todo lo que le esta ocurriendo en la vida son azares del cazador y no del animal acosado.

“El Perseguidor”, Julio Cortázar

No hago más que oír eso, que la soledad no tiene palabras y que desde que alguien nos dejó aquí no nos ha quedado otra que aprender a aprender cómo aprender. Sobre esto debo decir que no es lo que yo entiendo, es lo que es, como un pájaro es un pájaro o un espejo es un espejo, y hasta infinitos en este último caso. No puedo dejar de ser así de tajante en este aspecto por el hecho de que haya algunas personas a las que les sea completamente imposible gozar de la finitud y, aunque no sean ni mucho menos los más, quisiera advertirles -si es que algo ha hecho a alguno de ellos levantar sus ojos tristes para venir aquí-, de que en esta nota no encontrarán ni un pedazo de cielo. Considero este aviso fundamental, de no ser así no hubiese gastado tiempo en aclararlo. Con todo, el motivo principal de que diga esto no es otro que mi temor personal a que alguna de esas “algunas personas” ritualice estas palabras, infundiéndole en ellas un sentido que no tienen ni pretenden tener, temor que por otro lado se hace aun más grande tras haberme prometido no borrar ni una sola palabra de lo que escriba aquí, así como tampoco arrugar el papel una vez lo manche hasta hacer de él algo inservible como siempre hago después de intentar ponerme a esto. Ahora, por ejemplo, hubiese preferido no decir “ritualizar”, porque sé que basta que alguna de esas personas lea esto para empeñarse en hacerlo por puro exceso. Sobra decir, porque es algo que todos sabemos -al menos los que no somos como ellos-, que esas personas lo ensucian siempre todo. Desahucian constantemente la realidad gracias a esa facilidad luminosa que tienen que les permite levantar estadios de metáforas en torno a un simple trozo de madera o una cierta parte del día y aun con eso respirar tranquilas, sin preocuparse en absoluto por lo que eso supone. Por ejemplo, imagino a uno de ellos escribiendo cada una de las frases de este trozo de nada por separado en diferentes trozos de papel -cuidadosamente doblados de igual manera- con la intención de después mezclarlos aleatoriamente para dar luz a un nuevo texto tras haber atendido a la estructura integral de este y haber percibido -inmediatamente- que el uso de oraciones directas resultaría idóneo para un juego de intercambio de sentidos, que podría otorgar al escrito una dimensión sorprendente: u otro, que desde el principio del todo se propondría leerlo una sola vez por esa idea absurda que no se le va de la cabeza de que solo y solo desde la efimeridad (si es que este lugar existe) las cosas cobran sentido, y está tan convencido de que esto es así que no ha podido llorar dos veces con una misma película, ni ninguna, por como de obligado se siente en cada primera y última vista a estar atento a los detalles para eternizarlos. Es justo esto lo que no quiero: una servilleta sucia escrita por los dos lados, pintura acrílica en la piel. A lo que me refiero -y lo dejo porque no es de esto de lo que quería hablar (además de que me



asusta ver como basta invocarles un segundo para que a uno se le llene la boca de culebras: “servilleta sucia por los dos lados”, “pintura acrílica en la piel” o incluso “boca de culebras”)- es a que esas personas no tienen la culpa de nada, porque es evidente que no son como nosotros, y con “nosotros” me refiero no tan solo a la mayoría, sino a casi todos). En este sentido esos dos ejemplos de ahí arriba son prueba de esto que digo, por como se intuye en ellos el intento de algo, de resultar ingeniosos, en este caso (igualmente mi “juramento” de no eliminar nada, típico). Y ellos no tienen nada que ver con esto, ellos hacen, directamente. No hay intermediación alguna en todo lo que piensan o sienten. Ellos no “atrapan” los pensamientos, como se suele decir, porque o bien estos ya están en ellos o bien -no se cómo- se les caen encima. Creo que este hecho, el de la falta de intermediación, es una de las razones principales de que su naturalidad resulte así de violenta. Yo, por ejemplo, -y ya entiendo que entrando yo dejaré por completo a un lado la idea inicial de esta nota, que ya casi ni recuerdo-, acepto quién soy, a qué grupo de personas pertenezco. “Acepto” quiere decir aquí que sé que para mí será imposible hoy y nunca poder saborear a una mujer como ellos lo harán, o tener claro que por mucho que intente hablar de algo de una forma bella, mis adjetivos quedarán como pobres adornos al lado de sus brillantes ornamentos. Y digo “acepto” una vez más porque aunque no a todos lo que he escrito ahí arriba les provoque algún problema -como es mi caso-, hay otros muchos a los que sí. Yo he conocido algunos y puedo afirmar que esto es cierto. Con “he conocido” me refiero a que me cansé pronto de sus profundas confusiones y sus altos síntomas de abstracción. Esas personas, en vez de decir: “está bien, en este mundo algunos están obligados a vivir entre la maleza de su bosque gris”, se tranquilizan diciendo: “pronto llegará el invierno y se enfriarán todas las gargantas por igual”, al mismo tiempo que se creen capaces de decidir ser de esta u otra manera y considerar que esa decisión les pertenece, como si no pudiesen entender que en el hecho mismo de ese planteamiento están negando el resultado que ansían al bajar sus pensamientos al suelo, al arrastrarlos a la vez que los alejan del cielo llenándolos de puentes y sucias redes de alcantarillado -no debería estar diciendo esto, y menos de esta manera- que lo único que consiguen es acabar instantáneamente con la posibilidad de hacerse con el vuelo

de luz que esos “algunos otros” guardan como su propio lenguaje y que es suyo y solo suyo porque esa es la única manera de que los que lloran sigan haciéndolo y a los que les reclama la noche sin ningún pretexto todavía acepten -ciegos- la invitación de esa otra manera de morir que es lenta y se esconde desnuda entre los trapos del tiempo, gritando agua clara en vez de niebla, pidiendo que deje de haber nadie para haber alguien y por fin se eleve la hondonada hasta el nivel de los pies curando la venida de las aves enfermas ahora que el cielo ya no significa nada, ahora que volar es sinónimo de antónimo y hablar por todos es entendido por fin como la manera más sincera de verter puñados de hormigas rojas en los pulmones y al respirar respirar hormigas vacías de aire ya que nadie elige su nombre. No sé qué me pasa, no me reconozco. Yo soy yo y no otros. Eso solo lo pueden hacer algunos. Eso solo pueden hacerlo otros. Pero yo no soy como ellos. ¿Qué estoy haciendo?

UTOPIA DESTRUIDA

un relato de Javier VALLADOLID

Lentamente caminaba entre las dunas. Era de noche pero la claridad, próximo el amanecer, no tardaría en aparecer. Hacía mucho que había esperado ese momento. Era un niño cuando aquello ocurrió y ahora, entrado en años, veía la oportunidad de llevar a cabo su venganza.

Mucho tiempo atrás tuvo suerte de sobrevivir, aunque el dolor le otorgó eterno tormento. Todo el poder iba a ser suyo, no hubiera tenido que alabar a un dios visible ya que él iba a ser uno de ellos, pero, en vez de eso, había tenido que ocultarse entre los mercaderes que recorrían el Nilo.

Tras una vida que no tenía que vivir, sin poder llevar a cabo su venganza, las riquezas y su lugar en la historia le habían sido arrebatadas y el sepulcro de su difunto padre profanado, impidiendo su viaje afortunado a la otra vida. Sólo le quedaba de él una daga con

una empuñadura de oro, sus recuerdos y la lealtad de un sirviente ya anciano que le había salvado la vida durante el suceso.

Ahora ya no le importaba desatar la ira de los dioses ni que le esperara ser comido por el cocodrilo sagrado cuando, tras su muerte, fuera conducido por Anubis a los infiernos, donde recibiría un juicio en que su corazón pesaría más que la pluma. Como no podía acabar con su vida física, arrebatada en una refriega con los nubios, aprovecharía esta nueva oportunidad, aunque probablemente no seguiría con vida mucho tiempo después de lograr su objetivo.

Aún recordaba lo que pensaba hacer cuando llegara al poder. Ya no tenía esa opción sin medios para derrocar al hijo de este pero de niño, con esa posibilidad en potencia, soñaba con ser tan buen gobernante como su padre y hacer lo que él no había hecho. Con el tiempo había descubierto que su padre gobernó con mano de hierro pero tardó aún algún tiempo en dejar de lado en su cabeza esa sociedad ideal que imaginaba:

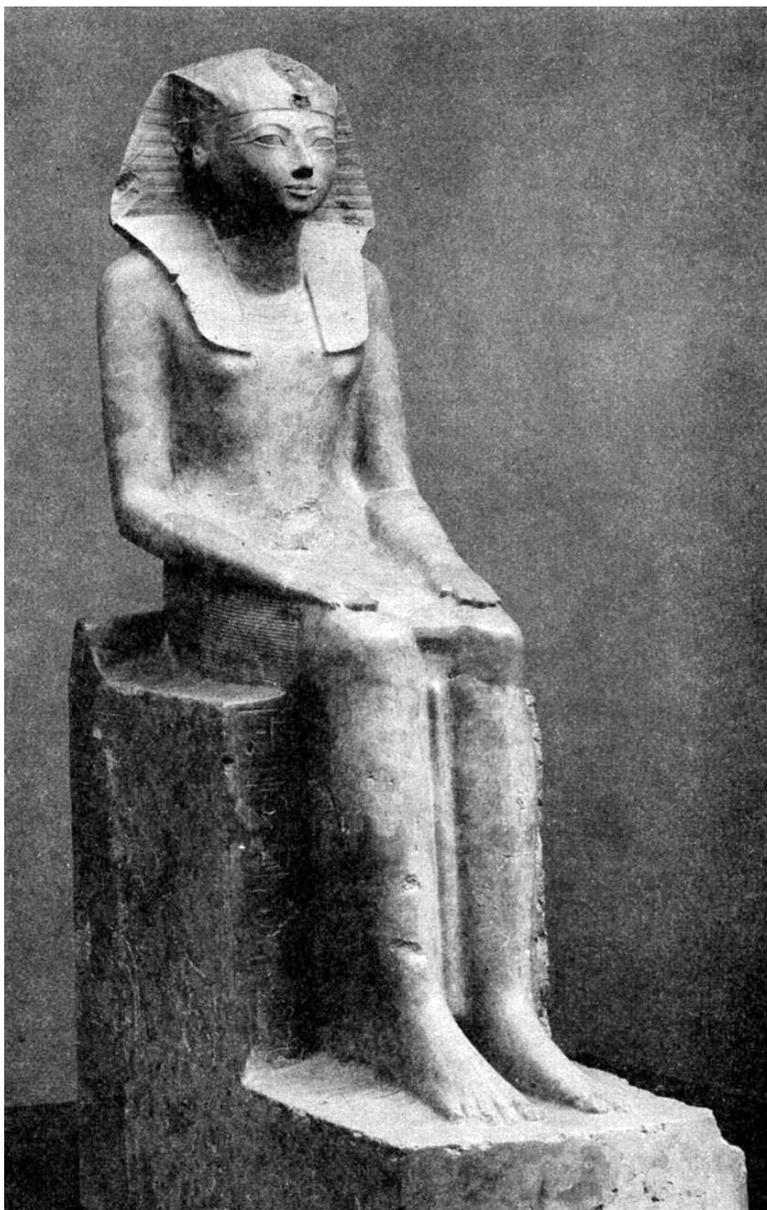
En ella, el gobernante repartiría la mitad de sus riquezas con el pueblo. La escritura jeroglífica sería impartida a todos los que quisieran aprenderla independientemente de su oficio o rango social. La labor del campesino sería tan importante y digna como la del Emir y las de los oficios entre ambos. El sistema de justicia sería digno del mismo Mut. Los enemigos serían pacificados por medio del diálogo en una serie de tratados. Todos los

ciudadanos podrían acceder incluso a los rincones más ocultos del templo. El gobernante, como dios, tendría el poder supremo así como el deber de honrar a los otros dioses y escuchar a un consejo cuyos miembros serían de todas las clases sociales que expresarían las necesidades del pueblo. La jerarquía sería por necesidad y no por superioridad o inferioridad de unos sobre otros salvo la divinización del gobernante. Y sería una sociedad próspera y libre según unas leyes escritas que respetasen las eternas leyes de justicia de Mut; establecidas por el gobernante.

Pensando en esto, se aproximó hacia el peristilo del templo y allí se encontró con su amigo Himhotep; quien era escriba. Le contó a éste lo que acabo de contar para que lo guardara para la posteridad. Himhotep se marchó mientras iba amaneciendo.

Dejando atrás los obeliscos y avenidas de esfinges, en un viaje al desierto, Himhotep recordó la fascinante Utopía de su amigo, siendo comparable actualmente al sueño de Alejandro Magno o la sociedad Utópica de Platón, pero aún más interesante. Himhotep no volvió a saber de su amigo o por lo menos no dejó constancia de ello en sus escritos, que acabaron en la biblioteca de Alejandría.

Historia prehelénica. Temistokes, aprendiz de historiador.



DOS MICRORRELATOS

de Matías CANDEIRA

Él

Fue un incordio que se presentara en mitad de la cena, aún respirando pesadamente, dejando esos regueros de tierra por todo el salón. En fin, manchándolo todo. Por lo visto le habíamos enterrado mal. Venía a quejarse. Antes de golpearle en la cabeza (y por supuesto, atarle bien en esta ocasión) dejamos que se sentara con nosotros y tomara un plato de sopa. La verdad, nos pareció que se lo había ganado.

Una voz en el umbral

Llevo imitando, desde hace algún tiempo, la voz de mi padre. Ahora llego a

pronunciarlo todo con ese arrastre metálico de sus eses; como un fantasma, o un espía al otro lado de un teléfono sospechosamente intervenido. Sus eses, bajo mi paladar, moviéndose despacio en mi boca. Dios mío, a veces me cuesta diferenciarlas de mi propia voz. Si me lo pide el cuerpo, en mitad de la noche llamo con su acento del sur a los teléfonos eróticos. Les digo a esas mujeres que se quiten la ropa. Les ordeno que se toquen todo el cuerpo para mí; que me describan, lentamente, su forma de hacerlo. O puedo llegar —y nadie sabe lo terrible que es, nadie lo sabe— a emular su tono de tenor en la ducha. Canto sus óperas, sus malditas óperas, hasta la última nota que me queda en el cuerpo. Pero lo peor es que a veces no puedo remediarlo, y marco el número de sus antiguos amigos. Algunos llegan a balbucear, como si tuvieran vidrios dentro de la piel, y la mayoría de las veces no tardan en colgar el teléfono.

Madre es la única que siempre se queda respirando un buen rato al otro lado de la línea.

—¿Cómo has podido? —dice.

Y sé que nunca llegará a perdonarme.

LA DONCELLA
DE LAS RANITAS
AMARILLAS
de Achille MAHOP
MA MAHOP

Conozco a una doncella esbelta, de largas trenzas y ademanes casi imperceptibles. Con ella comparto un cuarto, y acaso un par de secretos. Habla el idioma de los caracoles marinos y le gustan la lluvia, el mar, y los sueños poblados de murciélagos. Ayer me contó uno de sus extraños secretos. No me lo contó como tú y yo, cuando le abrimos a alguno el claustro de nuestras almas. Mi misteriosa compañera me enseñó riendo, en un hueco de la ventana, pálida, fresca, amarillenta y agazapada, una bonita ranita dorada, visiblemente humedecida por la fresca noche de Bafu. Cuando quise ahuyentar esta intrusa pacífica de su improvisado refugio, mi compañera me apartó con un gesto violento, casi virilmente. Luego, con una risa alta y repentina, me explicó: "ésta es la ranita de las mujeres recién preñadas."

CONFUSIÓN DE LA VERDAD

Un error de Borja MENÉNDEZ DÍAZ-JORGE

No -asintió-.

CASO ABIERTO

otro relato de Achille MAHOP MA MAHOP

Desperté de repente. Algo acababa de ocurrir que nadie iba a creer. Lo peor es que, aun fingiendo, yo no lograba convencerme de que aquello había sido un sueño. Por el contrario, mi angustia fue creciendo a medida que se hacía implacable la certeza de que aquello era una de las caras escondidas de la realidad. Realidad. Palabra pérfida y esquiva, proteica e hipócrita. El sudor que empapaba mi cama me resultaba molesto, no por la incomodidad sino porque confirmaba mis temores. Todo encajaba con una clarividencia espantosa. Permanecí en la doble oscuridad, la de mis ojos cerrados, reclusos de lo que verían al abrirse, y la de la propia habitación nocturna. Faltaba una pieza del puzzle, algo que tardé en percibir, y que se me impuso repentinamente: mi mano derecha. Con horror acababa de darme cuenta de que los dedos de mi mano derecha guardaban una sustancia pegajosa y aceitosa. Desde que desperté, había estado frotando maquinalmente el pulgar contra los restantes dedos sin que mi cerebro interpretara adecuadamente aquellos estímulos. Todo se esclareció como un rayo: mi mano derecha conservaba aún residuos de aceite del pepe soup que había comido en aquel sueño tan real que me olvidé de lavarme las manos. Me quedé paralizado de estupor en la cama, incapaz de ordenar mis pensamientos. Se me secó la garganta y no pude mover los labios para gritar y hasta mi aliento se hizo penoso. Como aún no cantaban los gallos y Mundemba, mi mujer, seguía roncando apaciblemente a mi lado, concluí que era la una y media de la madrugada. A pesar de los calambres del estupor, logré acercar la mano a la nariz: olía indiscutiblemente a pepe soup. No recordaba sin embargo haber comido pepe soup en toda la semana; anoche Mundemba y yo habíamos cenado con maíz y frutas silvestres. ¿De dónde traía pues esa mano sucia y olorosa. Al amanecer, decidí no contarle nada a Mundemba. Llegó la noche y al apagar la luz y acostarnos, mi mujer me dijo en un extraño suspiro: “mañana te haré un pepe soup tan rico que te quitará todo deseo de limpiarte las manos tras probarlo”. Paralizado de estupor, casi sin aliento, busqué en vano la expresión de su rostro en la oscuridad. Como siempre, ella ya dormía como una piedra. Por la enésima vez del día, me acerqué la mano a la nariz.



EL NACIMIENTO DE MI MADRE

un relato de Mari Cruz DEL MANZANO

Abenojar, pueblo donde mi madre nació, es cuna de escenas verdaderamente surrealistas. Para empezar, ya la llegada al mundo de la citada señora tuvo su guasa.

Allá por el año mil novecientos cincuenta, en un pueblo de rojos silenciados por Paquito el Vencedor, reinaba en la familia de los ricos del pueblo y por consiguiente, de lo más facha, un matriarcado más absolutista que el régimen del Absoluto Don Paco. Y esto es cosa ya muy extraña por los tiempos y el lugar donde se dio. Pero es verdad, y yo lo puedo confirmar, pues desde mi tierna infancia he presenciado admirada cómo mi abuela mantenía a su marido más firme que un velón de procesiones; ciencia tal la de mi abuela Delfina, que seguro no pudo nacer de generación espontánea sino que precisó de largos años de conquista y estruje psicológico, de las mujeres de mi familia hacia sus maridos.

Ya estoy viendo a mi buen abuelo Andrés, joven y rebosando testosterona por cada poro de su piel, soñando con tocarle a lo mejor una tetilla a mi abuela, tan guapa y dotada en ese ámbito, todo hay que decirlo, para suerte o desgracia de mi abuelo. Y a ella, que no sólo no le dejaba satisfacer sus deseos sexuales, sino que, no puedo saber cómo, hizo que mi abuelo tuviese verdadero terror de pensar, simplemente, en realizar sus fantasías.

Finalmente mi abuela ordenó a mi abuelo que contribuyese en el acto reproductivo, cosa a la que mi abuelo obedeció rápidamente y no sin un poco de miedo por lo que pudiera costarle. Y nueve meses más tarde, en la noche del tres de Mayo, día de la Cruz, el retoño parecía querer salir al mundo.

Mi abuela estaba tendida en una de las amplias habitaciones de la casa del pueblo cuya ventana daba al patio. Mi abuelo de aquí para allá calentando agua, quemándose con ella y aguantando los gritos militares de la matrona, mujer que imponía respeto por su lozana corpulencia, pero más aún porque asumió con naturalidad la autoridad que en aquella casa se concedía a todo el que fuera mujer. Mientras tanto los padres de mi abuela y dueños de la casa, mi bisabuela Sofía y su marido, esperaban pacientemente en el salón al calor del brasero.

Pasaban las horas y mi abuela seguía con las contracciones pero nada más, de forma que cuando dieron las once, hora en que ríguosamente se iba uno a rezar y a acostarse, mi bisabuela Sofía, sin más miramientos, se levantó de su sillón y se dirigió a la habitación donde su hija se encontraba diciéndole a la matrona: Me voy a acostar. Si es niña despiérteme usted, haga el favor, si no, ya lo veré mañana. Hasta mañana si Dios quiere.

Este comentario, lejos de sorprender a mi abuelo y a su suegro, que en aquella casa sobrevivían, o de ofenderles por la discriminación que a su género se estaba haciendo, les dio a entender que eran a ellos a quienes les había tocado quedarse sin dormir hasta que Delfina diera a luz.

A las tres de la mañana, viendo que el retoño era una niña, se despertó debidamente a la señora que sintió gran alegría de que fuese mujer su nieta. Y como ésta naciera el día tres de mayo, la llamaron, por gusto de Sofía, María de la Cruz, mi madre.

MICRORRELATO ESCALÉRICO

de Alejandro ROMERO NIETO

La
La venganza
La venganza de
La venganza de mi
La venganza de mi espada
La venganza de mi espada llegará
La venganza de mi espada llegará antes
La venganza de mi espada llegará antes de
La venganza de mi espada llegará antes de que
La venganza de mi espada llegará antes de que me
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya acabado
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya acabado este
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya acabado este melocotón
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya acabado este melocotón sucio.

N. B.: El ascensor está fuera de servicio, así que agárrate al pasamanos cuando vayas a subir.

DOS MICRORRELATOS MÁS

de Alejandro ROMERO NIETO

Batalla campal

Me sequé el sudor de la frente y continué la lucha. Presentía que la batalla iba a ser larga, pues ninguno de los dos nos íbamos a dar pronto por vencidos. Me arremangué por partida doble y me puse manos a la obra. Sólo podía confiar en mis dedos desnudos y en la fuerza de mis músculos.

Tiré. Tiré con todas mis fuerzas. Fue en vano. Mi enemigo permanecía inmóvil, sin siquiera un rasguño, sin una herida que presagiase mi victoria, allí, delante de mí, mofándose de mis infructuosos intentos de hacer mella en su débil cuerpo. Sí. Podía apreciar su risa socarrona, típica del que sabe sobrado por la vida.

Pero lo que él ignoraba en medio de la vanidad era que yo conocía a la perfección cuál era su punto débil. Y por eso decidí cambiar mi estrategia y centrar toda mi potencia en el flanco por el que yo sabía que en algún momento podría claudicar. Volví a tirar, y en esta ocasión, por fin, logré hacer mella. Una sonrisa de triunfo tiñó mis labios resecos.

Aparté los dedos y la vi: una pequeña fisura, inusitado precursor de victoria, apareció ante mis ojos. Espoleado por la cercanía del objetivo continué tirando, tirando, tirando con todas mis ansias, hasta que por fin logré fragmentar por completo su retaguardia, poco a poco, muy despacito, como se ganan las guerras.

Extenuado, apoyé los brazos sobre la mesa y, jadeante, observé a mi enemigo derrotado. Todo mi ser bulló de satisfacción en aquel momento. Mi oponente, aunque continuaba inmóvil, ya no se reía de mis esfuerzos.

Y es que lo había conseguido. A pesar de los obstáculos que colmaron mi camino, a pesar de las horas de sed y de hambre, a pesar de todo finalmente lo había conseguido.

Había logrado abrir un cartón de leche sin ayuda de las tijeras.

Agítese antes de usar

Había contraído, en efecto, la enfermedad del insomnio. Le dijeron que contra eso lo mejor que podía hacer era verse enterita una película de Ingmar Bergman, a poder ser en versión original y sin subtítulos. Es necesario hacer constar que no tenía ni puta idea de sueco.

Así hizo, y desde entonces no pudo dejar de dormir. Dormía en cualquier momento y de cualquier manera: por la mañana, por la tarde, al mediodía, por la noche, durante la hora del bocata, de pie, sentado, a la pata coja, de puntillas... Se quedaba dormido hasta cuando se estaba tirando a su chica. El asunto era de tal gravedad que ni siquiera los chillidos que la dama emitía cuando él se la clavaba, como siempre, con todas sus ganas eran capaces de acabar con su perpetua somnolencia.

Entonces acudí a su médico de cabecera y éste le aconsejó que, para vencer el obstinado sueño, lo mejor que podía hacer era escuchar una sinfonía de Haydn, a ser posible en estéreo, con calidad digital e interpretada por la Filarmonía de Londres. Así hizo, y funcionó. Sólo que ahora era imposible que se quedase dormido siquiera diez minutos, por muy mullido que fuera el colchón que tuviese debajo y por muchos polvos que le echase a su chica cada madrugada.

De modo que, a partir de ese momento, su vida empezó a oscilar entre un alemán y un sueco, su melatonina particular, los únicos que podían proporcionarle un ciclo vital estable al controlar sus rigurosos intervalos de sueño y vigilia. Y entonces fue más feliz que una lombriz.

FIN. (O NO)

TEORÍA ESPECIAL DE LA PROBABILIDAD

de Laura HERRERO OLIVERA

No apunte con la grapadora hacia personas. Habría un cincuenta por ciento de probabilidades de poder grapar su lengua con su ojo, su dedo con su pecho, su pie con su mano, sus dos pechos. Habría un cincuenta por ciento de probabilidades de darle en la cabeza, en la espalda o en su muslo. Ya está pasando la ambulancia, la grapadora no dio en el clavo, dio en el diente, la uña, la muñeca, la falange, troqueló el lóbulo de la oreja. La gran grapadora creyó ser diseñada para la tapicería, para grapar el niño al sillón, la almohada al cuello, la pierna al taburete, no hay que apuntar hacia personas -se avisa- hay que apuntar a la carne y a la tela, y allí juntas se pegan los hilos a las venas.

Amaos unos a otros como yo os he amado, porque hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que os odiéis, os escupáis, os empujéis, os encaréis y os repugnen las grapadoras que no han de apuntar a las personas. No abrir la ventana del tren, no tirar botellas por ella, no acercarse a la Gioconda, ni al punto peligroso del andén que crea el vacío, no fotografiar más allá de la frontera, no cantar ni bostezar en clase. El imperativo negativo niega un cincuenta por ciento de la realidad, el hemisferio norte se sube sobre el sur y le prohíbe escupir en público, y al negarlo también lo crea. El imperativo afirmativo afirma las dos partes de la realidad, la que ha de imperar y la que todavía impera, el amor que nos exige y el odio que supone, y al afirmarlas una risa de fondo las destruye.

Me hicieron creer en las probabilidades, que se escaparon con productos y cocientes entre las manos, ¿Cuántas veces antes se había dado? ¿Cuántas veces no se dio? El día que se inventó el verbo sortear y el bombeo del corazón que lo acompaña un dios murió, se había probado la necesidad matemática de su existencia. El lugar de las matemáticas donde hay que tener en cuenta el futuro y el pasado, a los demás y cuántos fueron, cómo y cuándo murieron, es, como sus elementos,

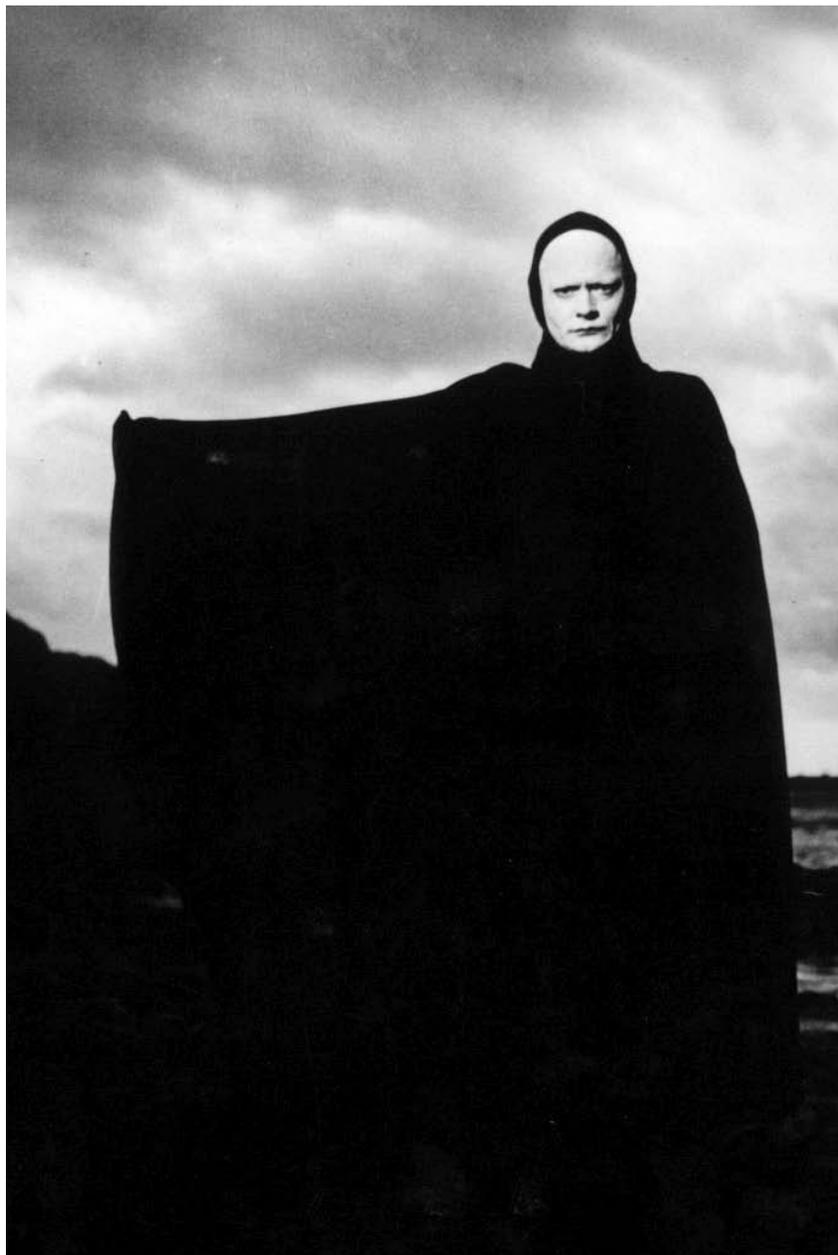
la más mentirosa. Las lenguas la niegan porque las probabilidades son siempre las mismas, puedes venir o quedarte, puede que sí o puede que no, pero ni vienes al 30 % ni te escapas al 47, o eres feo o eres bueno, o te odian o te aman.

CUIDADO CON LO QUE DESEAS

de Alicia GALLEGO ZARZOSA

Se arrepintió de haber cortado su larguísima melena, que rozaba la cintura, hasta dejarla a medio camino entre las orejas y los hombros. “Ojalá”, se dijo, “me durmiera y, al despertar, volviera a tener el pelo largo”.

Su deseo se cumplió: el accidente la sumió en el coma dos años.



POESÍA

DOS POEMAS

de Manuel CRUZ

Consonancia

¡Y qué decir del futuro inalcanzable!
¡Y qué contar del pasado que se agota!,
sino que el presente a diario nos azota
con un "quizás" desagradable.

Con un golpe de realidad la gota
colma el vaso de lo indeseable;

no queda espacio ni tiempo, tu cuota
se vence y no es renovable.

Insistes sin embargo, y es lamentable,
en creer que podemos ganar en la derrota;
Otro día que se va y que no explota,
portador monótono de lo improbable.

Mejor deja de creer humano idiota
que mañana todo puede ser fiable;

ni cuando mueras lograrás ser gaviota
ni eres ahora indispensable.

¡Qué mueran!

¡Qué mueran los idiotas
y los que quieran morir!
¡Qué mueran!

Y que mueran las flores
que se atreven a salir
¡Qué mueran!

Que mueran las gaviotas
llevándose el porvenir,
que mueran los patriotas
que se niegan a sufrir.

¡Qué mueran los colores!,
que muera el verbo sentir;
y que el hombre se enamore...
¡para que duela más morir!

UN POEMA

de Nati CABRERA

La pesadilla me corroe el cuerpo sin mandíbulas, sin dentadura. Desquicio poderoso como animales de agua, soy el mar que a ellos dominará, son mis aguas vertederas, casi negras, en las que se mata a ciegas, en las que alquitrán envenenado alimenta mis entrañas, matando los hijos desangrados del odio, pobres naufragos sin isla, isla que desaparece. (Soy)



MACEDONIA DE HAIKUS

de Alejandro ROMERO

I

Inmarcesibles.
Somos dos amapolas
entre lo oscuro

II

Seres de espacio.
Arlequines desnudos
ebrios de alcoba.

III

Mil besos lúgubres.
Recorreré tus muslos:
reino de sombras.

IV

Labios de espuma:
Polichinelas de oro
resucitadas.
V

Nazco en tus ojos.
Colombinas ardientes
de redención.

VI

Mañana triste.
Galápagos desiertos
en tus caderas.

VII

Surge la luna.
Tus párpados de arena
muertos en sal.

VIII

Dioses paganos.
Victoriosa Belona
ciega en manteles.
IX

Muerte en cristales.
Quizás nunca crucemos
la meta oscura.

X

Décimo aroma.
Lo olvidaremos todo
tras esta puerta.

XI

Abrazo triste.
Somos dos cielos rotos
hartos de estrellas.

3 POEMAS

de Patricia GARCÍA

Desnuda de palabras

Desnuda de palabras
Vacía en tu mirada
Llena de tus marcas
Revestida de nada
Quedó sola..
Mente ocupada
Acompaña sensaciones
Que no habla
Gritan arañan
Se ahoga en su garganta
Desnuda de palabras

De la lucha con la regla

De la Lucha con la Regla
Desaparece
Sin medida
Mi fuerza
Hace que me las vea
Repitiendo la misma Guerra
Hace que vuelva
Pasos sobre arena

Me destruyó tu mirada

Me destruyó tu mirada
Dónde está mi fuerza
Dónde mi calma
Dónde la tormenta
En tu palabra
Con qué cara
Vienes
Y me hablas
Dónde tu cuento de hadas
Donde perdí mis alas...
En tu alma



DOS POEMAS

de Achille MAHOP MA MAHOP

No te voy a hacer un poema fino

No te voy a hacer un poema fino, hermano,
aunque quisiera. Mi verso no dirá la espuma
ni los lilas ni las fuentes cantoras.
De mi verso mana sangre, demasiada sangre,
sangre sin color como cuando se desnuda,
sangre de chorro caliente que al brotar
dibuja largas eses y recae calladamente.

Tengo todos los rostros de la guerra,
me sé todos los rastros de la tierra.
Soy niño soldado congoleño o somalí,
batallador afgano o amazona saharauí.
Soy legionario de identidad olvidada,
casco azul dramáticamente rojo,
insomne tejedor de bomba
que noche y día sueña con un mundo mejor.

Estos versos no son del guerrero en acecho
sino del hombre de carne indomable
que sigue vivo bajo el traje de faena.
Las manchas sospechosas que llevo,
los tajos y cicatrices que me identifican
dicen cuántas veces gané a la ruleta rusa.
Hoy, me paro un instante y digo con Prévert
a voz en grito: “Quelle connerie la guerre!”

Ecós de viento

Del libro Monólogo de Adán (2009).

Quién pagará por nuestros hijos estallados
quién pagará por nuestros vocablos estrangulados
quién pagará por el polvo de nuestro olvido
y por todos nuestros sueños que se derriten y gotean
como sudarios de abortos que miran la eternidad

quién rezará por nuestros padrenuestros bastardos
quién grabará sobre el viento nuestros epitafios
quién lloverá en nuestros desiertos de lágrimas
quién abrazará a nuestras viudas y besará
a los hijos que nunca pudimos ver

quién nos brindará la limosna de rematarnos
quién recordará nuestro pétreo olvido
quién acabará lo que apenas comenzamos
quién nos hará la caridad de una fosa común
quién nos devolverá al escarnio de lo que somos
quién nos llamará Lázaro del fondo de la tierra

ODIO de Piedad GARCÍA- MURGA

Dime el odio
cómo se escribe
cuando
me duelen
tus párpados.

Dímelo tú,
cómo te escribes
cuando
me indispones
aquello que
me hacía vibrar
especial,
y tu cariño
y tus maneras.

Cuando repito
tus palabras
queriendo
con la peor
saña, romperlas.

Dime tú,
dímelo, odio
¿cómo te quedas
cuando yo
te siento
y tú no sientes
absolutamente
nada
parecido?
Y sin embargo
no te alejas
Y sin embargo
no me sueltas
y te atreves
a componerme
aún tus más
hervidas
palabras.

Dime como
bruñir el odio
cuando
lo amo tanto,
¡maldita sea!
como para
golpearlo
Muerto.

DOS POEMAS de Álvaro GUIJARRO GARCÍA

Pliegues del día

Ocurre cada día tras la primera luz,
nada más ver los pájaros caer,
nada más oír el impacto de la tormenta en la piel fría
tratando de escapar como una catarata entre dos manos.

Ocurre que el sonido se vuelve entero silencio
tras un suave repliegue mientras el cielo cesa,
y a un mismo tiempo, esclavos de algo sin palabra
- el frío del flotar tibio en la marea,
la tristeza de haberse hecho al invierno-,
cada reloj, cada opción, cada nuevo intento
de añadirse por fin a la gran grieta
se cristaliza,
y es como una misma puerta cerrándose
o una piedra hallando reposo en la arena
tras haberse deslizado verticalmente por el agua.

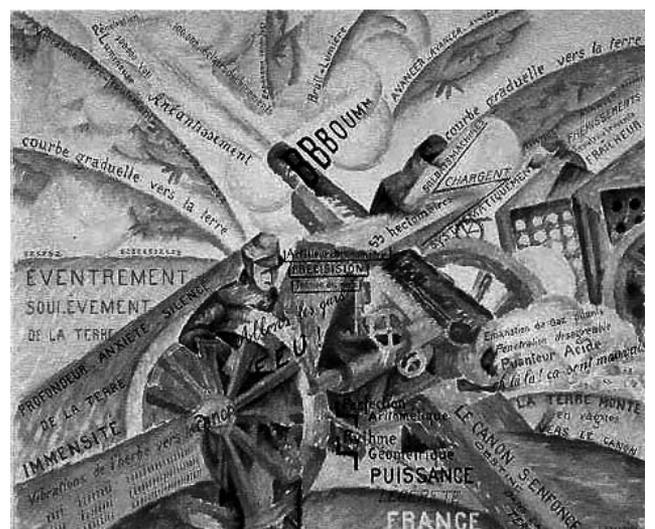
Ocurre entonces la guerra, sola,
y únicamente tú contra tus ojos pobres,
y únicamente tu deseo de acallar las voces
una vez cae el cristal que muestra siempre más,
que nunca esconde el ardor o el barro húmedo
como edificios del instante,
como razones de que los que viven vivan
y los que tan solo observan
sean acariciados por una brisa fúnebre.

Pregunta

Estallará la isla del recuerdo

A.P.

Debía ser de día y no haber luz adentro.
Debía, del mismo modo, haber cuerpos tendidos frente al
muro familiar, y una famélica insistencia sangrando abierta
como un haz.
Sólo los animales guardan el sabor de la noche. Nosotros, los
nacidos, debemos hermanarnos con el ruido, aprender de
su hilo y así siempre darnos sin redondo silencio, sin vuelo
perfecto como traza la muerte. Somos agua tibia hasta ese
pronto, débil tormenta arrojada a un puerto quieto. Pero no
es ésa la vida: pez que nada en tierra arida, pez que fabula en
el agua y así nada, fantasmiosa maquinaria, pólvora y cañón.
Lo que digo es que tan lejos.
Lo que pregunto es cómo nunca.
Lo que temo es si hasta siempre.



DOS POEMAS de Jairo COMPOSTELA

Pesadilla de una mañana de invierno

La vida es
como ir
solo al
teatro:
es excelente,
pero falta
algo.

Y cuando
Puck se
equivoca,
es excelente
pero giras
la cabeza
y no hay nadie
riendo.

Y cuando
Helena sufre
por Demetrio,
es excelente,
pero giras
la cabeza
y no hay nadie
llorando.

Y cuando
Titania entra
en escena,
es excelente,
pero giras
la cabeza
y no puedes
besarla.



Anglicismitis

La conocí en un *pub*
era bastante *sexy*
le parecí *cool*
y me dio el *messenger*.

Aunque era una *freak*
(le gustaba el *punk*)
había mucho *feeling*
y fuimos al *parking*.

Se quitó los *shorts*
e hicimos *petting*
en plan *hardcore*
¡Menudo *show!*

DOS POEMAS de Federico OCAÑA GUZMÁN

Tríptico

a G.Trakl, en los noventa años del fin de la I Guerra Mundial

I
Ningún baño de dolor retiene la caída de tus brazos,
láminas
en el pulso las fuentes del oxígeno se enredan
descompuestas
las cabezas a ras del sueño miran las manchas azules del horizonte.

II
Gota por gota, los antifaces cubren todas las señales,
las manos están abiertas a las rocas que sostienen con cansancio,
para acabar cuanto antes la tarea que nos ahoga,
para evitar saber que el vuelo en círculos del buitre indica fin
y llanto, celebración, y mar y olvido.

III
Todavía es temprano para el invierno, en los ríos
corre veloz el sueño de la serpiente sin piel.

Silencio: en un corro, los ancianos
sacan de sus cabezas la piedra de la locura.

En tiempos de guerra

Gargantas afiladas como cumbres de montañas de neumáticos,
no puedo obtener de ellas más que exilio;
sin hacer nada, apuñalan mi esperanza mientras huyen
frente a la vía abandonada del tren descarrilado.

El ángel que ve cómo los brazos se tienden hacia él,
y las últimas polvaredas en la nutrición de esos niños de bocas reseca.

El labio tiritita, arrastrando su magia, y dos barcos zarpan:
en la ciudad portuaria las ninfas pasean inquietantes.

SOME POEMS

de Borja MENÉNDEZ

Soap

I've been using the soap
you gave to me, I don't know why.
Did you think my hands were dirty?
The truth, however,
is that now I sense I'm getting cleaner
as I slowly rub
these fragile, drowsy fingers,
these memories of clay under my nails.

Mirrors

I'm sorry. I got
carried away by the emotions.
Didn't mean the things I said.
Let me brush your hair,
let me comb away the angry thoughts
that crowd your mind
while the mirrors watch us.

Light flowers

I sleep
and right above my head
hangs a dim, withering rose.
All her essence drops
on my lips, the avid dreamers,
unconcerned
with the ghostly beauty of her decay.

Ah, they dream
of blossoming flowers
twinkling in the dark.

Swan song

Let me lie among the reeds,
let me lie among the busy swans.
I know that they can't sing:
I'll sing for them about the misty dawn
that doesn't come,
about the girl who leaped much like
the moon upon the fence of my static home,
challenging me
with pallid vibration.



A ESTRELLA

de Maya ZALBIDEA

A Estrella Díaz Monsalve

Aún no había salido el sol,
cuando conoció la defunción.

Ante el pesar,
creció como una mujer de gran fortaleza.
Jamás protestaba,
jamás gimoteaba,
lo sombrío no logró acobardarla.

Hoy sonrío cual hada de los bosques,
como si tribulaciones no sufriera,
tartamudea por timidez,
mas su ser no victimiza,
su discurso nos alivia,
su silencio nos libera.

Cada día,
se dedica a sanar a los que quiere,
despejando la neblina
y ayudándonos a divisar
un horizonte lleno de esperanza.

DOS POEMAS

de Juan SETIÉN DEL VALLE

Siempre condenados

Y si no existiéramos,
¿cruzaríamos de la misma manera las fronteras,
callados,

sin eco,
dibujando sólo los pasos en el mar?

¿No sería igual la nada
a esa estela de olvido,
una capa de polvo sólido que nieva sobre la luz?

¿Es que acaso seríamos distintos de la carne?
¿No nos tropezaríamos de nuevo
y nos esconderíamos en las sombras,
no estaríamos condenados igual a ser borrados?

Contradicción.

No creía en la vida
Y viví.
Y ahora que tengo la vida,
No creo en la muerte,
y tengo que morir.

DOS POEMAS

de Manuel JUBERA

I

Repiquetean las farolas arrepentidas,
Despertando el duermevela de las aceras
E infartando el plomo observador.
El sol se oculta, pero no solo.
Y las quejas de los secuestros
Plagan rojas las camisas, el suelo y las mejillas.
-
Vuelan los vacíos familiares,
Arañando en el cielo estelas que
Señalaran los próximos.
Las nubes no son vapor sino polvo
Y no ocultan agua, esconden sed

II

Fugaz golpe de sensación y saliva.
Me arrastras a compartir segundos vacíos
y pintarlos de gaviotas, para que al recordarlos
Se me ensucien o escapen.
Golpe que me conduce al trabajo de acuarelas,
a su mezcla con distantes.
Colores en los que me quedare prendado
Y luego me ahogare.
Siempre vuelvo a ello, y rara vez
Parte del hecho un pájaro de alas brillantes,
Que se cansa de volar
Pero no de tener las alas extendidas.

CAMINA CONMIGO

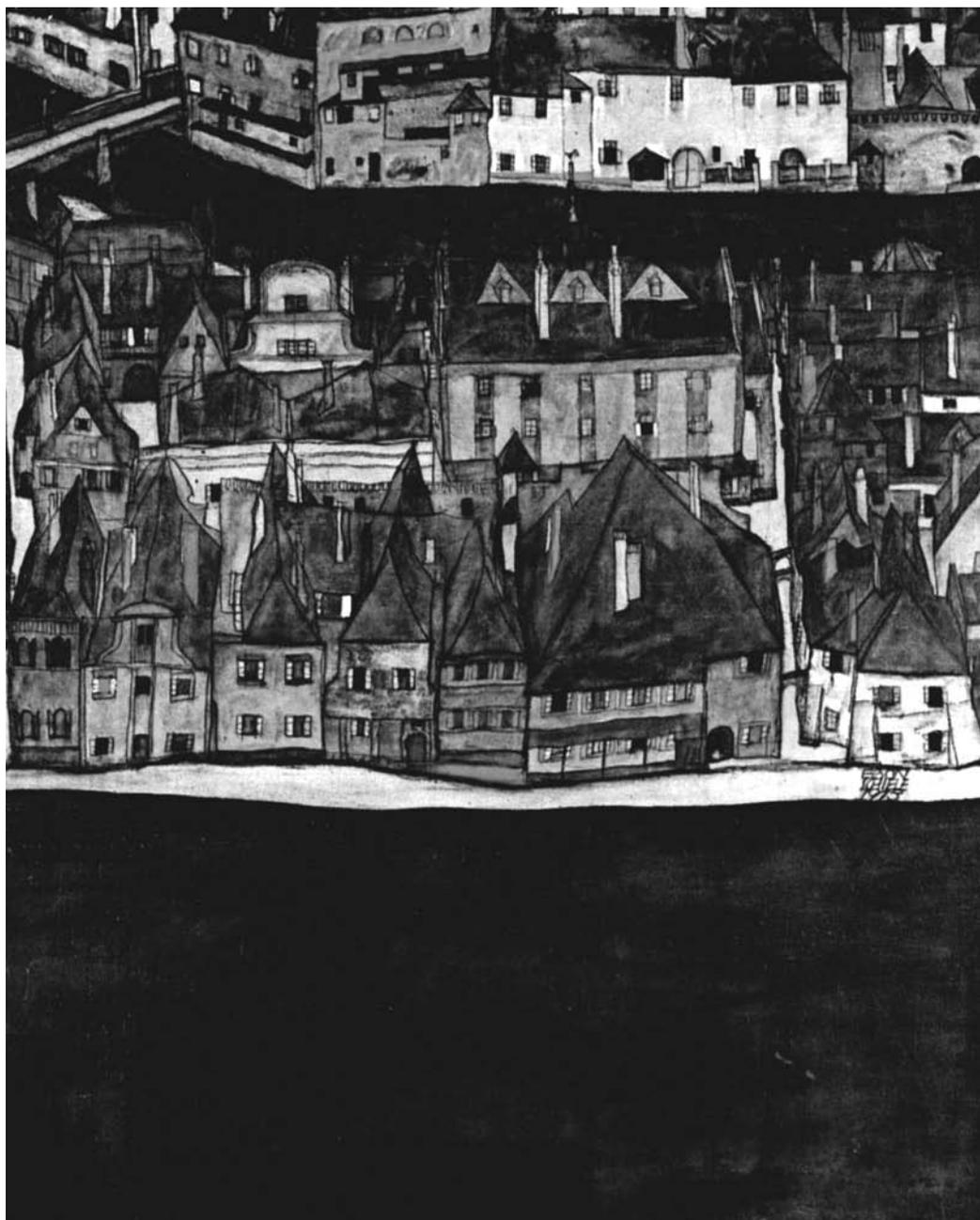
de Carmay JUAECHE

Ya no quiero mentiras ni enconos,
¡No...! No quiero ruidos ni batallas;
menos autos ni aviones.
Sólo quiero silencio, paz y amor,
sólo quiero respeto y devoción.
¡Qué el mundo me olvide con sus riquezas!

No quiero diplomas ni alabanzas,
¡No...! No quiero fama ni trofeos;
menos oro ni dinero.
Sólo quiero tener amigos,
sólo quiero bondad entre todos.
¡Qué el mundo me desherede de sus poderes!

Ya no quiero protestas ni juramentos,
¡No...! No quiero llegar donde nadie llegó;
menos calles ni rascacielos.
Sólo quiero la naturaleza, el mar y el cielo,
sólo quiero el aire, la tierra y el fuego.
¡Qué el mundo no me cuente en su ambición!

...Si me estáis escuchando, acercaos:
tomad mi mano y caminemos juntos.



Creación y osadía

La libertad de la fantasía no es ninguna huida a la irrealidad; es creación y osadía.
Eugène Ionesco

Sección de teatro por Marina Coma Díaz

MONEY, MONEY, MONEY...

Hoy quiero hablar sobre una razón que he oído muchísimas veces al preguntar porqué la gente no va más al teatro. Y una de las respuestas más comunes es que el teatro es caro. Sí señor, mucha gente dice que no va al teatro porque es demasiado caro. Y cualquiera que mire los precios de las entradas para las obras que están actualmente en la cartelera (y ya ni digamos los musicales) se dará cuenta de que es absolutamente cierto: los espectáculos teatrales son carísimos. Deberían bajar los precios.

Ahora bien, una vez escuchando una entrevista con Blanca Portillo (famosísima actriz de tele, y mayúscula dama teatral: la Portillo, de ahora en adelante) la entrevistadora le hizo esta misma pregunta-afirmación, y para mi sorpresa, la Portillo dijo que ni de coña. Lo cual me sorprendió muchísimo y me hizo pensar. Al fin y al cabo, ¿qué va a ver el público cuando va al teatro? Nada más y nada menos que un montón de profesionales trabajando in situ.

Y aquí hacemos la pregunta que parece de chiste: ¿cuántas personas se necesitan para montar una obra de teatro? Peter Brook diría que una, pero como no estamos hablando de obras altamente experimentales, pongámonos en unos razonamientos más cercanos a la realidad de la industria.

Bueno, como mínimo se necesita a un director. Normalmente se necesita también un dramaturgo, pero pongámonos en el caso de que montamos un

clásico y el hombre está muerto y no hay que pagar derechos de autor ni nada. Asimismo, se necesitan actores; una obra pequeña necesita unos cuatro. Igualmente, alguien tiene que encargarse de la luz y el sonido, lo cual suma dos técnicos. También es impenable que haya un regidor (la persona que se esconde alrededor del escenario y que se asegura de que las cosas vayan como deben.) Ya llevamos siete personas, y hemos montado una obrita bien pequeña, un espectaculito de andar por casa.

Y eso, sólo tomando en cuenta las personas que están físicamente en la sala. Normalmente, además entra en juego un productor (el que lo organiza todo y, además, se juega las pelotas), un escenógrafo, el diseñador de luces y sonido, y un etcétera que puede ser tan largo o corto como se quiera.

Además, las obras llevan un gasto ya por el mero hecho de montarlas, ¿sabéis cuánto cuesta alquilar un teatro? ¿Sois conscientes de lo que se paga en facturas de luz? ¿Y en mantenimiento? Y eso por no hablar de los gastos en seguridad. Una sala teatral puede tener fácilmente una tonelada en hierro colgando sobre la cabeza de los espectadores y actores (ya contaré para qué sirve en otra ocasión), más vale que sea seguro porque si se cae, no sale nadie vivo de la sala.

Por tanto, sí, es cierto que ir al teatro es carísimo. Pero el teatro es gente trabajando para ti en vivo y en directo, y con una costosísima armazón a tu alrededor de la que muy poca gente se da cuenta. Por lo tanto, lo mismo merece la pena pagar ese extra, tal y como dice la Portillo.



MADRE CORAJE Y SUS HIJOS

Subtitulada “Una Crónica Sobre La Guerra de los Treinta Años,” *Madre Coraje* es quizá la mejor obra escrita por Bertolt Brecht. Y en ello confluyen tanto la durísima temática de la obra como la técnica dramática llamada “distanciamiento escénico” que Brecht creó. Al fin y al cabo, *Madre Coraje* es una historia de víctimas y supervivientes, contada sin la más mínima concesión al sentimentalismo y con una pizca de crueldad que hace reflexionar al espectador sobre las atrocidades causadas por el ser humano.

El propio Brecht tenía experiencia en la realidad bélica, ya que con diecinueve años trabajó en un hospital durante los últimos meses de la Primera Guerra Mundial. La traumática experiencia le convirtió en un pacifista radical, mientras su visión política se iba acercando cada vez más al comunismo. Desgraciadamente para él, su lugar de residencia era Berlín, y el ambiente cada vez más pronaazi de la capital le forzó al exilio en 1933. Previendo una segunda Gran Guerra, Brecht escribió *Madre Coraje* en apenas tres meses el mismo año en que comenzó la Segunda Guerra Mundial.

Pese al sombrío escenario histórico (tanto dentro como fuera de la obra), Brecht decidió dotarla de un recurso escénico fundamental en su dramaturgia: la música. Sí, señores, *Madre Coraje* es nada más y nada menos que un musical. Y no sólo eso, sino que Brecht contó con su compositor habitual, Kurt Weill, para que escribiera todas las canciones al estilo cabaret. Hoy día, el cabaret tiene una clase y unas connotaciones que no tenía en la Alemania nazi. Los cabarets eran los “puticlubs” del país, y los espectáculos que allí se ofrecían se consideraban cutres y horteras, y la música cabaret estaba directamente relacionada con esos ambientes. Es decir, si Brecht hubiera vivido aquí y ahora, hubiera escrito una tragedia musical sobre la invasión napoleónica aderezado con canciones de Camela. Sin embargo esta decisión, que a priori parece una metedura de pata del quince, es un pilar fundamental de la técnica que le da a *Madre Coraje* el punto de ge-

nialidad que aparece en las obras de Brecht y el cual configura el rasgo principal de la dramaturgia brechtiana. La técnica conocida como *alejamiento escénico* fue la gran aportación que Brecht hizo al teatro, y para entenderla hay que conocer la idea que tenía el autor de la misión del arte en la sociedad.

Como ya hemos dicho, Brecht era un gran activista político y creía que el arte como entretenimiento no era nada sino otro pequeño opio del pueblo. Por lo tanto, decidió buscar la forma de crear espectáculos que comprometieran al espectador con la historia que se estaba contando, pero que a la vez permitieran mantener una cierta distancia objetiva para poder reflexionar racionalmente sobre lo que ocurría en escena. Así llegó a depurar el *alejamiento escénico*, técnica por la cual se va construyendo una escena y, justo antes de llegar al clímax emocional, se corta radicalmente con una canción o algún tipo de broma particularmente grosera que alejara brutalmente al espectador de cualquier compromiso emocional.

Con esta técnica no sólo se alejó del teatro burgués propuesto por Stanislavski que Brecht tanto odiaba, sino también de las raíces mismas del teatro occidental. Al fin y al cabo, el propio Aristóteles explica en su *Poética* que la finalidad de la tragedia es causar miedo y empatía para lograr la catarsis, lo cual provocará que el espectador vuelva a su casa tranquilo, tras haber catalizado todo su terror sobre los protagonistas. Sin embargo, Brecht logra todo lo contrario al evitar un clímax, ya que al espectador se le niega la posibilidad de catalizar ese terror sobre ninguno de los personajes y no tiene más remedio que volver a casa con la angustia metida en el cuerpo.

El teatro brechtiano supuso una ruptura tan radical con el concepto occidental de teatro que aún hoy es posible encontrarse con reacciones encontradas respecto a su técnica. De hecho, es difícil incluso encontrar un espectáculo que no caiga en el apolillamiento y la solemnidad propia del que es consciente de estar representando un clásico. Porque a estas alturas, Brecht, sus canciones, y *Madre Coraje* son grandes clásicos de la literatura universal. Y por derecho propio.

ESCRITURA Y GUERRA: EL CASO DE JENOFONTE

Esto de la Historia nos dicen que empezó con la escritura y por eso lo de antes, cuando no se escribía, lo han llamado 'Prehistoria'. Pues bien, resulta que lo que se entiende por Historia en sentido estricto (eso que llaman algunos 'Historiografía') ha comenzado por ser la escritura de la guerra: por no empezar con Homero, que ya cantaba la guerra de Troya, podemos empezar por Heródoto, que escribió ya en prosa jónica sobre las guerras médicas, o por Tucídides, que nos contó parte de la guerra del Peloponeso. Dentro de estos padres nuestros de la Historia, encontramos el curioso caso de Jenofonte.

De Jenofonte nos han llegado varios libros muy diversos: desde el Económico, que nos enseña cómo administrar bien una hacienda, hasta los Recuerdos, que nos dejan ver a un Sócrates peculiar, o el Hipárquico, un libro de consejos al comandante de la caballería, pasando por la



Educación de Ciro o Ciropedia, la Historia Griega o Helénicas (que no es otra cosa que la segunda parte de la Guerra del Peloponeso de Tucídides), el librito

Sobre la equitación o el famoso Regreso o Anábasis. Lo que caracteriza a Jenofonte es su escritura llana, sin florituras y con una sintaxis un tanto extraña, que ya a Unamuno le hizo decir que el bueno de Jenofonte le hartaba bastante. Pero, aunque de él se han dicho muchas cosas y no todas buenas, sigue siendo un clásico de la literatura bélica y su Anábasis o Regreso de los diez mil es un libro que estará siempre entre los primeros en las bibliotecas bélicas, muy probablemente al lado de los libros de Julio César, que tanto se le parecen en algunas cosas. La guerra es siempre la misma, con un escritor como Jenofonte es más fácil darse cuenta.

D.P.

SONIDO CARAMELO

Candy Caramelo no es un músico al uso. Y es que no muchos músicos pueden presumir de haber actuado con tan sólo once años en una de las salas más emblemáticas de la capital: la Sala Sol. No era difícil adivinar que le esperaba una larga y fructífera carrera en la que resonaran grandes nombres del rock en castellano. Y es que Candy Caramelo ha aportado un toque rebelde y a la vez maduro a los discos y directos de artistas como Tino Casal, Miguel Ríos, Manolo Tena, Jaime Urrutia, Los Rodríguez, Quique González, La Cabra Mecánica o Fito y Fitipaldis. Aunque el sonido caramelo no sólo ha pasado a formar parte de la historia del rock español, sino que ha desafiado a las fronteras naturales y conquistando también el cono sur. Andrés Calamaro, Ariel Rot, Andy Chango o Sergio Makaroff son algunos ejemplos de los músicos que han sucumbido a los encantos de las cuatro cuerdas del madrileño, con quien han compartido escenario y sesiones de grabación.

Después de tantos años mano a mano con tan grandes artistas, Candy decide emprender un proyecto en solitario y edita "Por amar no hay que pagar" (DRO, 2008). En la portada se nos muestra sonriente y despreocupado, transmitiendo ya las buenas sensaciones que se desprenden de cada uno de los temas, en los que la alegría es siempre una constante. Al escuchar el primer acorde ya intuimos que estamos ante una rara avis en el panorama musical español actual, cosa que a posteriori nos confirma la majestuosa y profunda voz, al más puro estilo Sinatra, actualmente en peligro de extinción. Tras escuchar el disco uno es víctima de



una especie de fenómeno paranormal al descubrir uno de los pocos discos actuales de rock and roll puro en castellano que, sin embargo, es a la vez tremendamente complejo, ya que el rock and roll se ramifica descubriendo nuevos límites que lo acercan al funky "Funky Billy Boggie!", al ska "Todo está perdido", al frenético rockabilly, o incluso a las baladas "Cuando estoy sin ti"... todo con el swing que define la esencia de su música y el talento de los músicos que lo acompañan. Y es que Candy pone los instrumentos al mando de dos grandes comandantes del rock and roll: Julián Kanevsky (guitarra) y El Niño Bruno (batería), a los que se suman las lujosas colaboraciones de Andrés Calamaro, Fito Cabrales, Ariel Rot, Andy Chango, Quique González y Rafa Tena.

Con inconfundibles raíces en el rock and roll clásico de Elvis o Chuck Berry, "Por amar no hay que pagar" es el resultado del talento y la originalidad de Candy Caramelo, que reinventa este estilo con sensibilidad e inteligencia, manteniendo el sonido limpio de las guitarras, los latidos del bajo y los ritmos implacables de la batería.

Un disco indispensable para cualquier amante del rock and roll, pero también para cualquier persona con ganas de escuchar temas despreocupados y de gran calidad musical. Una nueva propuesta que abre nuevos caminos y nuevas posibilidades en el limitado mundo del rock en castellano. Dicho de otro modo: una apuesta segura.

A. P.

UNA PUTA MUY BUENA

"Soy una puta, pero una puta muy buena". Esta breve sentencia pronunciada por Sam Peckinpah refleja el carácter sugerente y extremo que tiene su cine: todo es exagerado: el montaje, las actuaciones, el guión... Y todo está puesto al servicio de un fin: retratar, tanto externa como internamente, la violencia en el ser humano. Los conceptos Peckinpah y violencia quedan así asociados como dos eslabones inseparables.

Lo mejor del arte de Peckinpah se aglutina en las creaciones que conforman su llamada "Trilogía Sangrienta": "Perros de paja"; "Grupo salvaje" y "La cruz de hierro". Tres obras con puntos en común pero que reflejan tres puntos de vista bien distintos acerca del odio.

Las tres poseen como tónica dominante un uso abrupto del montaje. Será ésta la principal característica del cine de Peckinpah, lo que lo hace tan difícil de ver y al mismo tiempo lo que otorga totalidad a sus obras. Porque con ese modo tan peculiar que tiene Peckinpah de engarzar los planos, la violencia no está sólo en la historia, sino también en la forma. No sólo presenciamos las vicisitudes de unos inclementes vaqueros, un tranquilo matemático o unos obedientes soldados. Las padecemos. Las secuencias de cualquiera de las cintas que conforman la Trilogía Sangrienta son auténticos varapalos, y el espectador siente que ha sido vapuleado cuando termina de verlas. Somos nosotros quienes sufrimos los disparos.

Pero al mismo tiempo, estas tres obras exhiben tres conceptos distintos de violencia. En "Perros de paja" se nos muestra una violencia inevitable: por mucho que busquemos una solución pacífica, al final no nos queda otra que liarnos a disparos, aunque seamos incapaces. Esta concepción determinista del odio, ne-



tamente romántica, es lo que le otorga tono de tragedia griega a toda la obra de Peckinpah, proporcionándole a la vez un alcance universal.

El tono de la violencia que hay en "Grupo Salvaje" es bien distinto: se trata de una agresividad natural, asumida por todos como algo corriente. Que en cualquier momento le vuelen a alguien la tapa de los sesos por un quitame allá ese whisky es el pan nuestro de cada día. Para sobrevivir en el Oeste has de ser un tipo duro y sin escrúpulos. De nuevo, el determinismo de la tragedia clásica.

Y lo mismo les ocurre a los soldados de "La cruz de hierro": o matan o son matados. No hay vuelta de hoja. Al igual que David, protagonista de "Perros de paja", entre el mayor Reisman y sus hombres no existe esa "normalidad violenta" que sí poseía el grupo salvaje, son conscientes de que están viviendo una situación extraordinaria. Por eso, aunque en ocasiones les asalten las dudas acerca de la moralidad de sus actos, han de seguir luchando para sobrevivir, convirtiéndose paulatinamente en cruces de hierro, en objetos sin sentimientos como los que adornan sus laureados pechos de militares. De nuevo la obligación natural de odiar al otro, de convertirle ciegamente en tu enemigo.

Como vemos, tanto por la forma como por el argumento de sus obras, Peckinpah ha de ser considerado el "poeta del odio" de la cinematografía universal. Sus obras son duras, agresivas; pero al mismo tiempo tienen algo que nos agrada, que nos da placer, que necesitamos adictivamente. Porque nos interpretan a nosotros mismos.

Una puta muy buena. ¡Qué verdad!

A.R

EL CHAT: ESPEJISMO DE LAS PACES Y LOS PECES

Por Federico OCAÑA GUZMÁN

V: Querido señor R., le suplico disculpe los malos modales que mostré antes, no había visto su enorme y cuadrada cabeza junto al escaparate de los embutidos y fiambres.

R: No tiene importancia, no crea que me asustó con sus disparos de misil tierra-aire. Además, estoy tremendamente impresionado por la fortaleza de mis sesos. Aunque salieron disparados, tuvieron el coraje de volver a situarse dentro de mi cerebro.

V: ¡Qué buenas noticias! Quizás deberíamos montar un número circense, con entrada gratuita al principio -después no-; imagínese: yo dispararía y usted y sus sesos darían espectáculo a la chusma que viniera a vernos.

R: No sé, no sé. ¿Está seguro de que daría resultado?

V: Amigo mío, si hay algo seguro en este mundo es la fortaleza de su vacío craneal.

R está escribiendo un mensaje

V: ¿Decía algo?

R: No, perdón. Me confundí; estaba escribiendo la lista para la compra de los niños.

V: Ah, sí. La compraventa de infantes está de moda en estos días. Podría darle un par de contactos... Lástima que no pueda ofrecerle más. ¿Sabe?

Los demás están en la cárcel.

R: ¡Oh, omita los detalles!

V: Como mande su señoría. A propósito: me pregunto si estaría dispuesto a vender sus órganos a un gobierno corrupto e hipócrita que trafica con armas con países más pobres a cambio de uno o dos golpes de estado.

R: Explíquese.

V: Señor R, este mundo nuestro cambia a cada hora, o mejor, cada minuto. Nuestra seguridad es lo primero; después, nuestro estómago. En tercer lugar, nuestro aparato reproductor. El cuarto lugar yo lo entregaría a las neveras y armarios de cocina.

R: Por favor. Es suficiente; estoy decidido: acepto su oferta.

V: Hace usted bien. Tenga en cuenta que uno no encuentra tan fácilmente gobiernos corruptos que quieran órganos.

R: Supongo que no tiene mis datos; se los dejo a continuación:

[Siguiendo lo estipulado por la LOPD- Ley Orgánica de Protección de Datos, el autor ha eliminado toda la información que pudiera comprometer la intimidad de los personajes.]

V: Muchas gracias. Dentro de unos días le llamaremos para concretar todos los detalles.

R: ¿Serán ruidosos?

V: A veces dan problemas, pero esta vez creo que saldrá todo a la perfección. Con usted tengo una intuición.

R: Yo también tengo intuiciones. Sin embargo, ahora mismo estoy concentrándome para alejarlas de mí. Por su culpa tengo sarpullidos en los muslos y los codos.

V: Como le decía, los detalles no suelen ser muy ruidosos. Si, aún así, prefiere un modelo más complejo de contrato, con seguro médico...

R: ... ¿Qué cubre?

V: Amputación de la oreja derecha por congelación en clima superior a los cuarenta grados (Celsius); parto prematuro y mal comportamiento del feto durante la gestación.

R: He cambiado de opinión, no me interesa.

V: Claro que le interesa.

R: ¿Es una amenaza, o sólo trata de seducirme?

V: Encanto, si quisiera lo habría hecho al principio de la conversación.

R: Le amo. Su estilo arrollador, la elegancia con que dispara misiles tierra-aire, la secta económico-católica que ha fundado en una colonia de transexuales masoquistas... Estaba deseando decírselo desde el primer momento.

V: ¿Y bien? Sólo palabras: todavía no he visto ni un cheque.

R: Yo tenía otra opinión respecto de nuestra relación.

V: ¡Irónico! Primero le seduzco, luego usted declara abiertamente su locura, y después de toda esta tragicomedia barata sigue con el convencimiento de que hay algo más aparte del dinero.

R: ¡Tiene que haberlo! Si no, el mundo no tendría razón de ser.

V: Las cosas suceden por los motivos más extraños, hágase a la idea.

R: ¿Tiene un pañuelo?

V: No. De todas maneras, me sería física y metafísicamente imposible dárselo ni en pintura.

V: Ya está; se ha enfadado.

R: Mentira. He tardado tres horas en responder porque tenía que ir a encender la luz, colgar a un condenado a muerte, apagar las velas, cerrar los ojos al gato, comprar dos tenedores para preparar un filete, limpiar los zapatos de una joven que vive en el séptimo piso, y auscultar a dos tuberculosos sordomudos con ganas de pelea.

V: El tiempo es increíble. Cuando sufrimos, cuando estamos más solos y perplejos, sin un apoyo donde reposar la cabeza, alienados en medio de una sociedad cruel y una realidad violenta, es entonces cuando decide pasar despacio, como si quisiera que buscáramos cualquier bote de pastillas y nos quitáramos la vida con él.

R: Mi mamá me enseñó a no tragar pastillas para suicidarme. Me dijo: "Ni se te ocurra. Si algún día te quitas la vida -y espero que así sea- utilizarás el mejor método, el que ya han utilizado tu padre, tu abuelo, y un vecino que era muy amigo de la familia."

V: ¿Cuál es?

R: Eso fue lo que le pregunté a mi madre. Entonces, ella me miró, sonrió al ver las manchas de yogur en mi camisa de los domingos, y me cortó las venas con las tijeras para zurdos que había encima de la mesa de mi habitación.

V: Así, visto desde fuera, me da la impresión de que su madre sobreactuaba. Por otra parte, debo confesarle que me he dormido cuatro veces durante su excitante relato: terror, humor, delirio, romance, aventuras, en fin, y un final trágico e inesperado.

R: Le odio.

V: Yo también, no se preocupe por eso. Tengo los billetes en la mano. Mañana nos casaremos. Todo será distinto.

R: Me da miedo.

V: ¿La boda?

R: Casarme con alguien que me ha disparado, a quien odio, y que ha sido catalogado por eminentes veterinarios como "ejemplar venenoso, sin prótesis dental". Comprendo que su infancia fuera difícil, llena de padres y madres, de golpes y golfas, de intérpretes y traductores...

V: Le prohíbo que vuelva a hablarme en ese tono. El pasado, pasado está.

R: Lo siento. Es que me resisto a creer que dos operaciones de cirugía estética -en los labios y los pómulos- hayan cambiado en algo su personalidad desviada y conflictiva, que tiende a manifestarse los amaneceres de otoño.

V: Te olvidas de la liposucción en los ojos, la depilación de nariz, y la donación de sangre que hice para la sala de animales disecados de aquel museo de ciencias naturales.

R: Perdona. Tenía un juicio erróneo sobre su carácter, en el fondo seguro que es usted dulce como un trucha engendrada de un calamar.

V: Usted nunca ha tenido juicio, señor R.

R: Sí, sí; incluso me acuerdo de que clasifiqué los tipos de juicio que tenía: sintético y analítico.

V: ¡Venga ya!

R: ¿Jugamos a la guerra? No quiero disputas entre compañeros de generación perdida.

V: ¿Qué?

R: Y recuerda que todavía me debe un disparo para acabar con el horror de hijo que nunca tendré.

V: ¡Ah, sí! Por supuesto. Sus deseos son órdenes para mí. ¿Dónde apunto esta vez el lanzacohetes?

R: Al esternocleidomastoideo -para algo tenía que servir esta palabra...

V: Ha sido un honor y un placer...

